

RECOPILACIÓN DEL V CONCURSO
LITERARIO DE RELATO CORTO
TEMÁTICA LIBRE ZONAEREADER

CRÉDITOS

Primera edición: septiembre 2019

Textos de: ©Ricardo Aller Hernández, ©Santiago Raúl Bailez Chayé, ©Raquel Villanueva Lorca, ©Javier Fernández Bilbao, ©Ana Escudero Canosa, ©Santiago Repetto, ©José García López, ©Javier Fernández Bilbao, ©José García López y ©Sandra Leal Larrarte

Portada ©Luis Escudero del Barrio

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
S.O.S., BARCO A LA DERIVA.....	5
DESCONSIDERACIÓN	12
SOMOS HIJOS DE NUESTROS RECUERDOS.....	18
CON PELOS Y SEÑALES	29
AGUA DE ROSAS.....	37
DERRUMBE	42
MARTA	51
AL LÍMITE DE LA REALIDAD	57
LAS COSAS HAN CAMBIADO	69
LA PENA DEL CONDENADO	75

PRÓLOGO

Apreciado amante de las letras, en su poder una decena de relatos merecedores de su atención.

Sirva este corto prólogo para animarte a sumergirte en cada uno de los relatos que forman parte de esta recopilación del **V Concurso Literario de Relato Corto, Temática Libre** y con la seguridad que encontrarás el relato que te hará soñar.

Como pistoletazo de salida, **S.O.S., BARCO A LA DERIVA**, un divertido relato escrito por **Ricardo Aller Hernández** y ganador de esta edición. Y después, cada relato te llevará a descubrir a una serie de autores más o menos noveles en esto de escribir.

Y es que en los concursos literarios de ZonaeReader prima la democracia y las decisiones consensuadas.

Si tú además de lector, eres escritor, te invito a concursar en la próxima edición y descubrirlo por ti mismo.

Mientras tanto, disfruta de la lectura que tienes entre las manos.

Ana Escudero

Coordinadora del V Concurso de Relato Corto Temática Libre

S.O.S., BARCO A LA DERIVA

De Ricardo Aller Hernández

Relato ganador

En algún lugar del Mediterráneo

A quien encuentre este mensaje: S.O.S., barco a la deriva

En nombre de don Patxi Garmendia, capitán de la fragata española *Talante* —un buque bien *enrobinao*, como se dice en mi Murcia natal, con más abolladuras que estrellas hay en el cielo—, y de toda su tripulación, compuesta por un centenar de hombres y dos mujeres, entre ellas la que suscribe, solicitamos auxilio por medio de esta botella lanzada al Mediterráneo, mar salvaje donde los haya, con la esperanza de que este mensaje llegue a alguien que atienda nuestra desesperada solicitud de contactar con Salvación Marítima para que acuda en nuestro rescate.

Por orden expresa de nuestro capitán quedan escritas estas líneas que testimonian la sucesión de acontecimientos que han terminado con nuestro navío navegando sin rumbo, si bien es mi deber aclarar que tal mandato causó profundo malestar entre los altos oficiales por considerarse de poca honra y mucha vergüenza que el mundo pudiera conocer la causa real de nuestra la desgracia. Y es que la deriva del *Talante* no se produjo por causa del fuego enemigo durante una batalla en defensa de nuestra patria, situación esa en la que nuestro honor se hubiese mantenido intacto; ni tampoco sucedió como consecuencia de una destructora tormenta, situación a la que nadie podría poner un pero por considerarse meros gajes del oficio. Lo que de verdad hirió el orgullo de mis superiores, militares con más medallas que días tiene el sol —hecho que confirma

que aquí hay mucho jefe y poco indio—, es que el capitán quisiera dejar constancia, negro sobre blanco, que lo que realmente sucedió es que nos perdimos.

Para entender el curso de los acontecimientos hay que remontarse al día 14 de agosto, a eso de las siete de la mañana, cuando, tras más de cuatro años realizando misiones de paz en Haití, Sumatra o Somalia, navegábamos de regreso a casa por las coordenadas 35°16'57"N 2°56'51"O, en lo que viene a ser las costas de Melilla. Yo, la teniente Fuensanta Barranco, natural de Molina de Segura, Murcia, me encontraba en la proa de cubierta realizando sendas labores de vigilancia, a ratos oteando el horizonte, a ratos pensando en mi Manolo y con la mirada perdida en la fina línea que separaba el cielo del mar, cuando de pronto observé al oeste unas manchas informes dibujándose entre la primera niebla de la mañana que se aproximaban hacia la playa melillense conocida como de la “Horcas coloradas”. Calándome los prismáticos, aguardé ojo avizor en dirección a aquellas siluetas que poco a poco fueron tomando la inquietante apariencia de media docena de fuerabordas, un hecho que no debería considerarse relevante sino fuera porque nada más tocar tierra las embarcaciones comenzaron a enarbolar la bandera marroquí. Ese detalle, unido al centenar de soldados que comenzaron a desembarcar pertrechados con más armas que pasas tiene el cous cous, me hizo sospechar que algo estaba ocurriendo.

De acuerdo a nuestro protocolo la incidencia fue puesta en conocimiento de mi superior, el capitán Patxi Garmendia, un viejo lobo de mar a la par que estricto hombre de leyes, siempre pegado a la normativa y a un buen puro, quien tras recibir mi informe y sopesar un instante la situación optó por tirar de manual, así que en atención al Reglamento Interno de Acción Social del Ejército, el RÍASE, concluyó que lo mejor era ponerse en contacto con el Ministerio de Defensa vía wasap —la estrechez presupuestaria en materia militar había obligado a restringir el uso del teléfono y los radares, aparte del consabido racionamiento exigido por el partido político que apoya al Gobierno, Abrazos Sin Fronteras, por la que el armamento quedaba en proporción de una bala por dos pistolas— y pedir permiso para realizar una contraofensiva disuasoria.

Mientras aguardábamos respuesta, y en previsión de que finalmente Madrid diera luz verde a la operación, don Patxi me confió la delicada misión de escoger cuidadosamente a un grupo de valientes que, llegado el momento, conformara la patrulla de vanguardia responsable de dirigirse a la playa melillense para interceptar al ejército marroquí e inquirir sus intenciones siempre en estricta aplicación del artículo 2 del Reglamento: *Cómo abordar amistosamente al enemigo*. Si la respuesta de la otra parte confirmaba una actitud hostil, se le pediría por favor que cesaran en sus intenciones; en caso contrario, y siempre como último recurso, deberíamos repeler la invasión, en lo que podría llegar a convertirse en un heroico acto de defensa de la libertad y de todo eso que dice la tele para que nos alistemos.

Pronta fue mi elección de los responsables de contener el avance enemigo, o enemiga —según la Ley de Ordenación de género, Coordinación de la igualdad y Anticlericalismo (LOCA), ha de primar la corrección lingüística y evitar el lenguaje sexista—, formada por lo más granado, y granada, de nuestro ejército que ese día no se encontraba de permiso, ya que el 15 de agosto caía en lunes y muchos de nuestros soldados habían hecho puente. Así, tirando de currículums y vistas las circunstancias, una vez descontados los veintiséis nacionales que se habían tomado el día, resultaba que el capitán y yo, como altos mandos y máximos responsables del *Talante*, comandábamos a noventa y ocho inmigrantes dispuestos a darlo todo por el sueldo y, si no quedaba más remedio, por la patria, de entre los cuales elegí a los mejores, o como decimos en el gremio, la carne de cañón que resultara ser menos alérgica al plomo de las balas. En total, veinte hombres duros, de esos que se comen al enemigo sin pelar, entre los que destacaban el cabo primero Roberto Chávez y los expertos marineros Mario Ngema, Atahualpa y Mohammad Abdallah al Sāhuir, más conocido como Mojino Escocío después de una noche loca en los burdeles de Mogadiscio.

El plan se puso en marcha de modo intachable: órdenes claras, gente dispuesta y con muchas ganas de no dejarse matar. Nos disponíamos ya a iniciar el operativo cuando de repente un perspicaz sargento le recordó al capitán Garmendia la obligación de aplicar la LIGA, es decir, la Ley de Igualdad de Género en las Armas, por la que en su Disposición Adicional se exige una cuota de

participación femenina en cualquier acción bélica, motivo por el cual tuvimos que paralizar la acción para incluir en el comando a la cabo Jessica, la mujer más dura a este lado del Mediterráneo, con tatuajes hasta en los pezones, a quien no se había incluido inicialmente entre los elegidos principalmente por ser la única entre toda la tropa que sabía llevar el timón del *Talante*.

Mientras todo eso sucedía a bordo de nuestra fragata, los marroquíes seguían a lo suyo y ya se habían adentrado en la playa melillense, así que, bajo la supervisión del capitán, ordené a nuestros valerosos soldados y soldada subir a las lanchas para tomar posiciones a la altura de la playa, pero justo cuando estábamos ultimando la preparación del ataque surgieron diversos problemas disciplinarios: por un lado, tres venezolanos se encendieron un cigarrillo en cubierta; al parecer estaban algo nerviosos por eso de tener que batirse contra el enemigo y poder perder la vida, pero el alto mando, siempre inflexible en su lucha contra el tabaco —artículo 15 de la LOCA: fumar mata—, les abrió un expediente. Luego, a otros tres mexicanos se les requisaron varias estampitas de la Virgen de las Angustias, ya que estaba prohibido cualquier símbolo religioso que pudiera ofender las creencias de al Sāhuir y al resto de creyentes musulmanes.

Y en el entretanto, en la cabina de mando del *Talante*, al capitán Garmendia le llegó vía wasap un comunicado urgente del Gabinete de Decisiones del Ministro de Defensa.

“Esperen ordres ata que o alto mando decida”.

De pasta de boniato, así se le quedó la cara al capitán cuando leyó el texto. Quizás son de esa gente que usa solo abreviaturas, apunté cuando me requirió para ver si entendía el mensaje; eso es culpa del corrector, se apresuró a intuir Atahualpa, pero la explicación no era ni una ni otra. Resulta que nuestra fragata llevaba tres años dando vueltas por el mundo y nadie nos había comunicado formalmente la nueva normativa gubernamental acerca del funcionamiento lingüístico de comunicaciones del Estado a través del DEDAL, el Decreto Estatal del Dictado de comunicaciones de España y Alrededores, por el que se articulaba en su primer artículo que las órdenes ministeriales podían darse en cualquiera de

los idiomas oficiales del Estado, y para asegurarse su funcionalidad se obligaba a que en cada buque de la Armada hubiera un traductor para el catalán, el vasco, el valenciano y el gallego, una exigencia que en un barco cuya tripulación, compuesta por dos murcianos, quince andaluces, un extremeño, tres riojanos, cuatro gallegos castellano parlantes, un asturiano que solo habla inglés, francés y alemán, varias decenas de hispanoamericanos, tres guineanos y seis moros de toda la vida a pero que por imperativo legal se nos exige denominarles con el nombre menos peyorativo de norteafricanos, no estaba acondicionada para atender tales órdenes.

El caso es que, al oír aquello, el capitán Garmendia, natural de Baracaldo, se quedó mirando a la pantalla con los ojos como platos sin entender muy bien lo que le querían decir desde Madrid, así que ante la gravedad de la situación decidió saltarse las restricciones presupuestarias y contactar con Defensa por videoconferencia con la esperanza de aclararlo todo, pero resulta que todo fue a peor cuando, después de explicar atropelladamente la situación a un funcionario que se encontraba en el Ministerio, de apellido Ripollet, este se limitó a responder de manera sucinta y en absoluto nada clara.

—Mantinguin posicions fins a una altra ordre —dijo antes de cortar la conexión.

Aquí fue cuando comenzaron realmente los problemas. El capitán, más vasco que el bacalao pero limitado en idiomas —solo habla inglés, francés, ruso, polaco, alemán y algo de euskera en la intimidad—, decidió hacer como que se había enterado de las órdenes por miedo a que le reprendieran por su falta de sensibilidad lingüística, así que haciendo una interpretación libre de la situación, me mandó de inmediato una Comunicación de Régimen Interior con las instrucciones definitivas.

—Erasoko dugu baina gutxi.

Reconozco que nunca he sido muy ducha en lenguas, pero gracias a mi sexto sentido, tan femenino, me enorgullezco de saber interpretar con soltura el lenguaje no verbal, cualidad que me permitió aventurarme e interpretar que lo que

me ordenaba el capitán, tan al tanto como yo de que las armas iban sin balas —artículo 5 del RÍASE: como los fusiles matan nuestras fuerzas de paz, en vez de tiros, han de repartir gladiolos—, era que pusiéramos pose de atacar pero solo para asustar, y así se lo hice saber a mis hombres, y mujer.

—Despongo que se vrigilen a los malos, que si no se tié en cuenta va a costar un desgusto, así quién cuanti la noche allegue se acorralen a esos zagales, pijo.

Lo que son las cosas. Al parecer, el cabo primero Chávez, los marineros Ngema, Atahualpa y Abdallah al Sähuir, junto a la caba Jessica y el conjunto de la milicia uruguaya, ecuatoriana, salvadoreña, mora y guineana, no habían oído hablar panocho en su vida, por lo que se limitaron a traducir mi arqueo de cejas como que en esa playa sobraba mucha chilaba. Y allá que se fueron, con los ojos inyectados en sangre y al grito no del todo unánime de “Santiago y cierra España” —ahí los mexicanos se negaron en redondo a continuar porque o se mentaba a la Virgen de Guadalupe o ellos no iban—, dispuestos a abalanzarse como fieras y repartir una buena somanta de palos a aquellos morenitos que tan alegremente estaban montando su gran bazar sobre la arena.

Pero cuando todo estaba preparado para comenzar la madre de todas las batallas, al final, nada de nada. Desde fuentes oficiales —esta vez fue uno de Valladolid, lo que no dejó lugar a malas interpretaciones— se nos ordenó abortar inmediatamente la misión, ya que al parecer un emisario del rey de Marruecos se había puesto en contacto con nuestro Gobierno para informar sobre un error en unas maniobras que estaba realizando su ejército. Al parecer, se produjo un fallo a la hora de desembarcar y los soldados se habían bajado por la derecha, que era terreno melillense, cuando tenían que haberlo hecho por la izquierda, de titularidad marroquí. Todo esto se plasmó en un breve nota oficial en la que, como remate, y aprovechando que el Bu Regreg pasa por Rabat, dejaron caer aquello de que España lleva siglos invadiendo territorio marroquí, por lo que exigía para sí Ceuta, Melilla, al-Andalus y Perejil.

Por lo que pude enterarme más tarde supe que por parte del Gobierno español no se exigieron posteriores responsabilidades ni disculpas diplomáticas por lo

sucedido, y como tal no se recibieron, ya que, atendiendo a la información que nos llegó hasta el *Talante*, no se quería ofender al rey de Marruecos por ser íntimo amigo de España, en una hábil táctica diplomática consistente en bailarle el agua.

El caso es que, siguiendo órdenes, volvimos a embarcar a toda prisa con el fusil entre las piernas y pusimos rumbo a Cartagena con alguna que otra baja —Ngema y Atahualpa optaron por desertar y enrolarse en un circo, alegando que para hacer el payaso allí se les pagaba más—, y ahí es cuando se produjeron los “problemas de carácter logístico”, según reza el diario de a bordo del capitán Garmendia, en lo que resulta ser un elegante eufemismo para decir que nos perdimos.

Resulta que tras la reasignación de la cabo Jessica a la patrulla de ataque el nuevo responsable de controlar la brújula (seguíamos sin radar, ya se sabe, la falta de presupuesto y tal) había colocado sobre el timón un imán para la nevera —una imagen con fondo negro y un sencillo título en un color amarillo chillón que ponía *Melilla at night*—, que hizo enloquecer la aguja de marear y, de paso, el piloto automático, lo que provocó que perdiéramos el rumbo durante varias millas sin que ninguno de los que estaban en la cabina de mando se percataran de ello hasta el día siguiente, cuando ya solo podíamos certificar que nos encontrábamos en paradero desconocido, en algún lugar del Mediterráneo.

Por supuesto que intentamos enderezar el rumbo, pero el de la brújula, como hombre que es, no quiso preguntar por dónde se iba, confiado como estaba en encontrar el camino él solito. Esa cabezonería costó que no solo nos perdiéramos más sino que, de tanta vuelta, nos quedáramos sin combustible, a lo que hay que sumar que desde hace tres días ya no disponemos de alimentos e incluso empieza a escasear el agua.

Y aquí seguimos, a la deriva. Si esta carta desesperada llega a las manos de alguien espero que puedan acudir a nuestro rescate, si es que aún queda algo de nosotros, porque aquí hay unos chilenos que, con una sonrisa que yo definiría como lobuna, no paran de contar una historia diciendo algo de que son parientes de no sé qué jugadores de rugby que se fueron de picnic a los Andes, mientras no dejan de mirarme con tal cara de hambre que ya me empieza a preocupar.

DESCONSIDERACIÓN

De Santiago Raúl Bailez Chayé

Viajo a Buenos Aires en un autobús con olor a nuevo y alguna cucaracha desorientada recorriendo de cuando en cuando el pasillo. Lo sé porque me tocó el asiento del pasillo, porque el hombre del asiento de la ventanilla ocupa un espacio algo mayor al de su asiento y porque, receloso como soy en cuanto a mi espacio personal, me encuentro replegado sobre mí mismo contra el apoyabrazos, codo en el apoyabrazos, mentón en mano y mirada al suelo. Y ahí va la cucaracha.

Viajo a pasar fin de año con Belén, mi novia, o al menos eso se lee en la etiqueta. Nos conocimos un año atrás y nos distanciamos hace tres meses, llamada más, llamada menos. Las relaciones a distancia son difíciles por lo general, pero si ponés en ese laboratorio dos polos más bien negativos, y me refiero a dos entes dominados por los celos, no pretenderé subestimar a nadie explicando el remanente de la ecuación.

Sin embargo, mi noviazgo con Belén tiene el encanto de la dinámica pelea-reconciliación. De pronto éramos... somos miserables, de pronto somos la pareja más feliz de la historia. Aunque debo admitir que estamos abusando un poco del recurso. Sobre todo porque rondamos los 30 y ya no estamos para juegos.

¿Pero cómo cortar, si nos habíamos jurado envejecer juntos? ¿No le decía siempre que de eso se trataba el amor, de aceptar, comprender, perdonar y negociar? Hubiera sido estúpido rechazar su invitación, si bien no tenía la mínima intención de estar con su familia. Fue mágico; alguien podría decir: el ojo de la tormenta, cuanto más importante la tormenta, más hermoso. Entonces, cuando en medio de otra disputa telefónica Belén fue poseída por el ángel o el demonio del optimismo y soltó aquel “vení a pasar fin de año con nosotros, mi amor, quiero estar con vos”, todo sonó perfecto, el mundo tuvo sentido otra vez, nada estaba perdido.

Y acá estoy. El gordo del asiento de la ventanilla empezó a roncar. Cada vez que el autobús vira a la derecha me invade el horror: ¿y si termina recostado sobre mi hombro? Y falta medio viaje; unas tres horas. Llueve un poco. Si me asomo noto las hilachas de agua en el parabrisas. El gordo abre tanto las piernas que debo cruzar las mías para evitar el contacto. Y ronca. Y cuando aspira se advierte una nariz húmeda.

No sé. Ya no estoy tan seguro de que algo valga la pena. Quizás todo sea una gran pérdida de tiempo. Hablo de la vida en general. ¿Cuánto tiempo quedaba a nuestra relación? ¿Dos meses? ¿Medio año de montaña rusa? Porque incluso desde acá, desde lo más alto de este parque de diversiones emocional, veo esas sombras oscuras, esas siluetas irreconocibles a la distancia esperando, boleto en mano, que el tren se detenga, su turno. Y yo ya no estaría, o no estaría Belén, o ninguno de los dos. El tren se iría sin nosotros y nos miraríamos para decirnos sin hablar: “la vuelta iba a terminar tarde o temprano”.

Una frenada pone en vigilia al gordo que, dándome una mirada sorprendida de soslayo, imaginé, se reacomodó en el asiento y podría apostar mi celular (que en ese momento vibró en mi bolsillo) a que me creyó un imbécil Benjamín. En última instancia, solo me importó haber recuperado algo de espacio... ¿Me llama Belén? Sí, y antes de atender ya sé qué me va a decir. Era lo mismo en cada viaje. Si iba bien, cuánto faltaba, a qué hora llegaría. Resultaba un pormenor aburrido en sí mismo, pero tuve muchas ganas de escuchar su voz. La amaba. La amaba con todo mi corazón. ¿Y al fin y al cabo esa vuelta a la montaña rusa no es el sentido mismo de todas las cosas?

—Belu...

Esboqué y repetí un “hola” tres o cuatro veces; no hubo respuesta. Apretando el celular contra la oreja y tapándome la otra llegué a escuchar alguna voz; no la voz de Belén, voces de fondo, esas voces que se oyen en las oficinas, voces subrayadas por teléfonos que suenan, impresoras que imprimen y murmullos en ultimísimo plano. Más cerca, de pronto, tuvo acceso un ir y venir casi rítmico; pienso en una fotocopidora. No. Era un sonido menos suave. Eso: me vino a la mente una

fotocopiadora armada con maderos, húmedos e hinchados, clavados con clavos demasiado finos.

¿Sería posible que me hubiese llamado sin querer, si es que cabía tal posibilidad teniendo en cuenta que el celular de mi novia juntaba todas las medidas tecnológicas para evitar tales accidentes?

—Hola —repetí, subiendo el tono de voz—. Belén, ¿me escuchás?

Podría haber cortado, pero algo me inquietaba. Esas voces lejanas eran evidencia de que la oficina de Belén estaba cerrada, modo privado. Y ese sonido rítmico... la imposible fotocopiadora de madera chirriante...

El sonido del otro lado de la línea seguía y me pareció buena idea colocarme los auriculares, subir el volumen al máximo. Sí, oí una voz enseguida, un quejido fue, o una respiración, apenas audible pero definitivamente más cercana al micrófono de ese celular que flotaba en un vacío siniestro a tres horas de allí. En ese no-lugar, mi novia, por quien estaba viajando esas seis horas arrinconado por un cerdo sin ningún tipo de consideración, en un autobús con cucarachas que de tanto en tanto coleaba un poco sobre el asfalto cada vez más inestable bajo la lluvia, mi novia tenía las manos sobre su escritorio, o el torso entero, mientras un compañero de trabajo le había levantado la pollera y la bombacha. Le iba por atrás; ella hacía lo posible por no alertar al resto de la empresa, no obstante le era imposible no respirar. Lo que se movía, ese chirrido cadente: su escritorio bajo el empuje ondeante.

No fue que contuviera el aire, una voluntad o intención. Me quedé sin aire; sentí un calor, un fuego en las mejillas, me dolió el pecho. Claro, mi respiración se había interrumpido porque toda sangre y electricidad se me habían concentrado en el sistema auditivo. Trataba de encontrar ese sonido revelador, inapelable, la indudable prueba que necesitaba. Un nombre pronunciado, una palabra, una respiración (reconocible). De todas formas ya estoy seguro. Más no necesito.

Corto. Agenda. Belén. Llamar.

—Qué pasó... —le digo.

—*Hola, amor. ¿Qué pasó con qué?* — No supe si sonó sorprendida o asustada.

—Que llamaste y no sé. Qué pasó —trataba de sonar natural, genuinamente confundido.

—*No entiendo. ¿Yo te llamé a vos?*

—Sí, fijate en el registro. —Hubo unos segundos de silencio y siguió:

—*Tenés razón.*

—¿Dónde estás ahora? ¿Qué eran esos ruidos?

—*¿Qué ruidos?*

Raro que no hubiera prestado ninguna atención a la primera pregunta; todo el foco en la segunda. Fue una prueba concluyente.

—Nada. No importa.

Bueno, amor. ¿Vas bien? ¿A qué hora llegarás?

—Bien, tranquilo. En un par de horas.

—*Que tengas buen viaje. Nos vemos en un rato.*

Sabía lo que tenía que hacer: ponerme serio de una vez por todas. Estar bien con Belén. En paz. Dejarme de dar vueltas. Dejar cualquier fantasía de lado, abandonar sospechas, suspender los celos. Ya tenía treinta años.

El gordo desconsiderado de pronto fue un amigo de toda la vida; “cómo llueve, ¿ha visto?”, le comenté. Soltó un sonido parecido a otro sonido que podría haber sonado a un “sí”. Se dio vuelta. Siguió durmiendo. El viaje pasó lento. Es lo que ocurre cuando la ansiedad aturde. Más que ansiedad, necesidad. La necesidad de arreglar todo con Belén.

Caminé el kilómetro de la estación de Retiro hasta la bajada de la línea C del subterráneo, esquivando aquel sempiterno enjambre de transeúntes, vendedores, manteros y rayos de sol de fines de diciembre. Sol de tres de la tarde. Tenía tiempo.

Veinticinco minutos de subterráneo, diez artistas del subsuelo y cinco paradas después salía a las calles de Constitución. Si uno ha estado en el bello... en el pintoresco barrio de Constitución en la inolvidable ciudad de Buenos Aires, Argentina, sabrá que en las cercanías de la terminal de Plaza Constitución es un imposible no toparse con, al menos, una trabajadora del sexo cada cien, ciento cincuenta metros. Elegí a la que me pareció más limpia y le pedí que me acompañara unas cinco calles hasta el motel en la esquina de Juan de Garay y San José. Apagué el celular mientras el ascensor nos levantaba hasta el quinto piso.

Una hora después desandaba el camino a Retiro. Belén saldría del laburo a las cinco. Llegaría justo a tiempo y en paz para que me recibiera en la estación de San Miguel con uno de esos besos de labios finos y neutro aliento tibio que tanto extrañaba.

Una detrás de otra las estaciones de tren iban quedando detrás. Pensé en este tema de las dimensiones y encontré cierta respuesta a una de las tantas preguntas que me confundieron desde siempre: lo que pasa y va quedando centímetros, metros y kilómetros a nuestras espaldas es todo aquello que forma parte de nuestro día a día: lo espacial. Lo que pasa y que nunca volveremos a ver: el tiempo. Por alguna razón más sentía viajar en el tiempo que en el espacio. Aquello de “se viene un antes y un después”.

Sin embargo, no sentía culpa. Al contrario. Por primera vez había hecho algo concreto por la relación. Por Belén y por mí. Había puesto mi cuota de realismo. Basta de cuentos de hadas, de vivieron felices por siempre. Como antes dije, había llegado la hora de madurar. No sé qué habría estado haciendo Belén en su oficina cerrada cuando se disparó la llamada hacia mi teléfono. Pero con certeza puedo

afirmar que en la vida todo es negociable, y una pareja, una relación sentimental, no es más que un negocio. De negociar se trata el amor.

En medio de estos pensamientos y cuestiones, subieron en Hurlingham más de, no sé, ¿cincuenta, cien personas? El vagón colapsó con el hedor y los cantos de la barra brava de algún club de los que nunca se escribe en los diarios. Dos estaciones más, una para llegar a San Miguel, cuando ya no pude resistir esa violación a mi espacio; los cantos atronadores, el tufo a verano rancio, la gente saltando, pisándome los pies, empujándome contra otra gente sobre un riel de aliento a vino y cerveza tibia.

Sentí náuseas a propósito de la desconsideración del ser humano en general. Me bajé en Bella Vista jurándome que tomaría el próximo tren.

Bueno, la verdad es que, en cualquier caso, debía tomar un tren.

SOMOS HIJOS DE NUESTROS RECUERDOS

De Raquel Villanueva Lorca

—Aquí les dejo. Si necesitan cualquier cosa ya saben, han de bajar por este camino. Camariñas está ahí mismo, nos les llevará mucho tiempo, apenas una hora andando. De momento tienen vituallas para una temporada, pero en cualquier caso, en el pueblo pueden encontrar cualquier cosa que les haga falta. Usted señora, ya sabe donde está la tienda, y sabe que allí disponemos de todo, y de no tenerlo, siempre se puede pedir a Coruña, al gran almacén.

—Gracias, ha sido muy amable —respondió Ginés al hombre que les había conducido hasta el faro, hasta su nueva ocupación. Anteriormente ya había trabajado de farero, pero nunca en un faro tan grande.

—Pues nada, a mandar y ya saben, a arrimarse uno bien al otro, que aquí van a estar muy solos y hay que matar la soledad —y acompañó esta indicación con una sonora carcajada y una mirada algo obscena que dirigió hacia Manuela.

—Vaya con Dios —le respondió Ginés de forma seca, dándose la vuelta para encaminarse hacia la puerta de la casa. No le había pasado desapercibida la mirada del hombre, ni le había gustado su risa cargada de ironía.

Manuela estaba callada, contemplando todo con sus grandes ojos negros. Mirada de asombro, mirada de niña con ganas de descubrimientos. Su pelo negro a duras penas enmarcaba su cara, revoloteando alrededor de la misma merced al fuerte viento que allí soplaba.

El faro se levanta indolente ante la inmensidad azul del mar. Mi primera impresión, al enfrentarme a él, fue el sentirme pequeña, minúscula a su lado; pero al mismo tiempo, con ganas de correr, de subir aquella pequeña montaña y

acercarme a él para guarecerme del viento que hacía que me sintiera zarandeada y a merced del mismo. Tampoco olvido este cosquilleo que, aún hoy, perdura dentro de mi estómago. Al principio pensé que serían los nervios, todo era nuevo y las novedades ya se saben, siempre descolocan, dejan a uno indefenso por unos días, algo perdido, hasta mareado. Pero el tiempo ha ido colocando mi vida, ha ido haciendo que me encuentre con el paisaje, con el ruido, con el viento, y aun así, ese cosquilleo ha seguido estando presente todos y cada uno de los días que llevo aquí pasados. Ahora sé, que es él, el propio faro. Soy como una enamorada contemplando el motivo de su amor, el cosquilleo son mariposas que horadan las paredes de mi estómago, mariposas que no pueden permanecer quietas y no dejan de revolotear ante su belleza, ante la fascinación que sobre mí ejerce. No me canso de contemplarlo, cada día descubro un nuevo matiz, dependiendo de la luz del día, de la estación del año. Tal vez ha aprovechado el embrujo de la *herba de namorar* que florece a sus pies, y sin necesidad de habérmela introducido en ningún bolsillo, ni de ponerla debajo de mi almohada en la noche de San Juan, he terminado consumida bajo su hechizo, sin ninguna voluntad para alejarme de él.

La casa del faro es rectangular, de color blanco, tiene los rebordes grises y la puerta de entrada roja. También tiene un patio interior, un rectángulo albergado en otro rectángulo, por el que se filtra el sol. Él, se yergue por detrás, por encima de ella, ciento cinco metros de sombra protectora, la barrera ante el abismo que se abre prácticamente a nuestros pies. A ambos lados de la casa, un muro no muy alto que nos separa del océano Atlántico en constante movimiento, océano de azul profundo que rompe sin cesar contra los acantilados sobre los que nos encontramos. Delante, el estrecho camino que nos trajo hasta ella. También delante, un promontorio, el alto de Vilán de Terra, el lugar primigenio donde se ubicó el primer faro, mucho más pequeño, mucho menos potente, un burdo esbozo de lo que ha terminado siendo. Cuando la niebla es espesa, la casa parece flotar sobre las nubes, los contornos se difuminan, el océano desaparece, y el ruido constante de sus aguas, bien pudiera parecer el rotar de un motor que nos mantiene aquí, elevados sobre la masa compacta de blanca y húmeda niebla. Si fuera una niña, al menos cuando lo era lo pensaba, creería que puedo caminar por encima de las nubes, que éstas son mero algodón blanco que puedo pisar sin

traspasarlo. Pero no, sé que eso es imposible, y que debajo de ese aparente suelo algodonoso, se halla el espacio vacío en el que me precipitaría hasta llegar a las bravías aguas que rompen sin cesar.

No puedo peinarme, hay un pertinaz viento que nunca cesa, que nunca descansa. Al principio pensé hasta en cortarme mi larga melena negra, pero Ginés no me lo hubiera permitido, sé que aún sin decirme nada, hubiera reprobado esa acción. Le gusta contemplarme cuando me peino cada noche, cuando me siento delante del espejo y dejo que el cepillo se deslice una y otra vez a lo largo de los oscuros cabellos. Siento su mirada sobre mí, siguiendo mis movimientos. En alguna ocasión, él mismo se ha acercado a mí, me ha quitado el cepillo de las manos, y ha sido su mano la que ha deslizado ese mismo cepillo. Me gusta que me peine, un plácido escalofrío me recorre de cabeza a cintura, porque la mano que no ase el cepillo, se mueve libremente y de forma cadenciosa sobre mi cuello y mis hombros. No, él nunca dice nada, ni para bien ni para mal, me deja hacer, me da libertad, pero dentro de ese silencio sé reconocer perfectamente lo que aprueba, lo que no, lo que le hace feliz, lo que le incomoda, lo que ama. Así que he descartado la idea de las tijeras, y he terminado por recogerme el pelo cada vez que salgo por esta puerta roja. Así al menos, me preservo de nudos, de revoltijos.

Cuando tiendo la ropa, todas y cada una de las piezas que dejo bien asidas a las cuerdas, son como cometas que quisieran escapar detrás del viento que las azota. Aún no se me ha escapado ninguna pieza, pero estoy segura de que si así fuera, éstas volarían sin descanso hasta aterrizar Dios sabe dónde, pero en cualquier caso, lejos, muy lejos de mi mano y de esta casa.

En invierno, la casa nos resguarda del ruido, del viento. En verano, abrimos las ventanas, y dormimos acunados por el interminable vaivén sonoro de las aguas y despertamos con el continuo graznido de las gaviotas. Me gusta el verano por muchas cosas, pero precisamente, el dormir con ese sonido, el despertarme con ese sonido, esa rítmica cadencia de agua en movimiento, es algo que encuentro delicioso. A veces, con los ojos cerrados, imagino que viajamos en un barco, solos Ginés y yo, recorriendo este océano sin descanso. Sé que con él a mi lado, nada

puedo temer, nada puede pasarme. Cuando hay tormenta, la casa es ese gran madero al que me aferro como un náufrago asustado. Sí, siento miedo, sobre todo cuando estoy sola, cuando todo es un interminable rugido ensordecedor y Ginés no está a mi lado, Ginés está arriba, sobre mí, sobre la casa. Ginés está dentro de él, dentro del faro. A veces he creído que el agua terminaría arrancando este saliente, terminaría llevándonos lejos, desprendiéndonos de este promontorio. Creo que es lo que pasó en su momento con el islote que hay ubicado delante del Faro, apenas unos metros más allá del mismo, más allá de nosotros, el islote de Vilán de Fóra, la casa de los cormoranes, de las pardelas, de los alcatraces. Yo creo que ese islote un día estuvo unido al resto, y los incesantes temporales de invierno, terminaron por arrancarlo, por separarlo de este todo. Así que cierro los ojos, y me veo formando parte de un segundo islote, también próximo, pero separado, en este caso sería nuestra casa, y nosotros, habitantes sin alas dentro de ella. Pero luego todo pasa, todo se serena de nuevo, y mis aciagos pensamientos se transforman nuevamente en este amor incondicional que siento ante todo lo que me rodea. La luz del faro nunca se apaga, siempre está ahí, por negra, por oscura que sea la noche, su destello sosiega cualquier mal presagio. Mientras él brille nada puede hacerme daño. Lo sé, y me siento tonta por haberlo dudado.

Me gusta subir a él, a lo más alto, emprender el viaje de esos interminables escalones anclados a la montaña, ir ascendiendo sabiendo lo que allí arriba me espera. El cielo acristalado me aguarda. Siempre es como la primera vez, el mismo asombro, la sensación de que estoy llegando, de que algo me sorprenderá en lo alto. Después de más de cien peldaños, arribo a la cúpula acristalada de nuestro particular ángel de la guarda. Puedo girar trescientos sesenta grados, una gran panorámica se abre ante mi vista. Contemplo la casa, desde lo alto parece de juguete, un pequeño cuadrado blanco, agujereado en el centro, que mi mano pudiera alcanzar, levantar y mover a su antojo. Miro también el pequeño islote con sus docenas de pájaros, cormoranes, pardelas, alcatraces, siempre prestos a emprender el vuelo. Sí, estoy en el cielo, formo parte de él, sin alas, he llegado a la altura de las gaviotas, esas mismas que ya vuelan alrededor de mí, y si miro hacia abajo, siento el vacío en el estómago ante el abismo que me separa de ese otro

azul tachonado de blanca espuma. Es vértigo, es fascinación, y también es deseo, porque sé que Ginés está allí, siento su mirada posada sobre mí. Su presencia en mi espalda, se acerca, lo escucho, lo huelo, y ya siento esa mano que se posa sobre mi cabeza para liberar mi pelo de horquillas y dejar que flote libremente sobre mi espalda, preservado allí dentro del rigor del aire. No, no puedo cortarme el pelo, lo sé. Entonces hunde su cabeza en esta mata negra y aspira el aroma a jabón, a limpio, y mi piel responde electrizándose, erecta toda ella en una piel de gallina que me recorre de arriba hacia abajo y viceversa. Baja su mano, y la desliza lentamente por mi cuerpo, parándose en mis nalgas y haciendo que mi sencillo vestido estampando de pequeñas flores rosas se arremoline por encima de ellas. Me apoyo contra la cristalera que circunda esta explanada superior del faro, dejo que el vaho de mi, ya agitada, respiración, empañe una pequeña porción de la misma, y me mezo al compás del mar, al compás de Ginés. Ambos me llevan en un rítmico movimiento. El mar y mi hombre de mar. Cierro los ojos y me transformo en sensaciones, cierro los ojos y sueño que soy la nereida Anfitrite, y que reino aquí, sobre el océano, con mi compañero Poseidón, ¿llegaremos a engendrar a un Tritón? O tal vez tengamos una niña Sirena, con mi misma melena, pero con sus piernas transformadas en brillante cola para surcar el océano donde ha de nacer. No le digo nada de esto a Ginés, me miraría con sus profundos ojos verdes y esbozaría una sonrisa llena de ternura, pensando que soy una niña grande que sigue soñando y creyendo en leyendas. Su niña Manuela.

Cuando hace buen tiempo me gusta pasear hasta la ensenada de los Trece, subir y llegar sin resuello, hasta los ciento cincuenta metros del Monte Blanco, una duna inmensa que la preside, y contemplar desde su cima el azul cambiante del agua. Desciendo y me siento sobre la arena blanca, y dejo que mis pensamientos vaguen libremente al compás de las olas. En primavera, disfruto de la contemplación de las camariñas floridas, con sus preciosas flores en forma de bolas blancas cual perlas que colgaran de sus verdes hojas. También suelo hacer pequeños ramos de pimpinelas escarlatas. A veces no me conformo con solo esto, en ocasiones me acerco a la orilla, dejo que el agua lama mis pies, el agua siempre está fría, o soy yo, que siempre la noto fría. Puedo hasta atreverme más, dejar que el agua alcance la altura de mis rodillas, entonces siento ese encogimiento en el

corazón que proporciona el temor. Nunca hay nadie en la ensenada, si el mar tirara de mí hacia adentro... Es similar al estremecimiento que siento cuando me asomo a un acantilado, esa sensación de fragilidad, de saber y sentir que puedo perecer en un instante. Ese atisbo de pavor que uno siente ante la inminente extinción de su propia vida, no deja de tener algo atrayente. Son sensaciones encontradas, difíciles de explicar con palabras. Si Ginés me viera, se desesperaría, no quiere que baje a la ensenada. Debe temer que tal vez habite en mí algún retazo de Alfonsina Storni. No sé nadar, así que si me viera con el agua hasta mis rodillas sé que correría desesperado a tirar de mí hacia fuera, para sacarme de esa agua que me rodea. Curiosamente, soy y me siento una mujer marina, pero estoy anclada a la tierra. A Ginés no le gusta bajar a la ensenada, él es un hombre de mar, pero no de arena de playa. Todos tenemos nuestras contradicciones, nuestros puntos antagónicos. Aun así pienso como sería, obviando el miedo a ello, el dejarse arrastrar por esta agua azul, el disolverse en esta inmensa humedad salada. Transformarme en mar, y desear que Ginés se transformase entonces en viento, para que sus besos recorrieran siempre mi superficie, para seguir siempre ligados.

En las noches de luna llena, cuando las sombras se precipitan sobre el contorno de la casa, he creído ver fuera sombras en movimiento. Instantes fugaces que se vislumbran a través del rabillo del ojo, como cuerpos etéreos que en menos de un segundo escapan al enfoque de mi visión. Creo que son ellos, o al menos alguno de los ciento setenta y dos marineros que perecieron aquí mismo, la tripulación prácticamente al completo del *Serpent*. Estoy segura de que vagan echando de menos su tierra. Se han quedado aquí, en el cementerio de los ingleses. Alguna que otra tarde me he llegado hasta el mismo y he dejado alguna que otra flor sobre las lápidas. Ha de ser triste morir lejos y terminar reposando lejos también. Sé que en las noches de luna llena se acercan a este alto para otear en la distancia, por si pudieran avistar esa tierra perdida, su tierra. Estoy segura de que todos ellos hubieran preferido reposar allí, en su lejana tierra inglesa, aquí se sienten perdidos desde aquella aciaga noche. No se lo cuento a Ginés, es otro de mis pequeños secretos. Otra de las cosas que él pensaría que son de niña, una niña con una imaginación febril. Su niña Manuela...

Ayer hizo un día maravillosamente azul, pensé precisamente en hacer una de mis excursiones a la ensenada. Es tiempo de flores, así que quise recoger unas cuantas y hacer una corona con ellas para adornar mi cabeza. Cuando me disponía a salir por la puerta roja, me topé de bruces con él. Fue como si el sol se hubiera eclipsado y todo el calor del mismo se hubiese evaporado en ese eclipse. Sentí miedo, un miedo instalado dentro, muy dentro de mí y unas ganas infinitas de darme la vuelta, de cerrar la puerta. El hombre que nos había acompañado el primer día se encontraba delante de la casa. No le había vuelto a ver, lo cierto, es que me he desconectado del contacto de los seres humanos, y ahora, es Ginés el que baja a Camariñas una vez al mes para traer todo aquello que nos hace falta. Rehúso siempre acompañarle, y gracias a eso he conseguido unas pequeñas lecciones prácticas del mantenimiento del faro, por si algo fallara en su corta ausencia. Es mi momento, mi único momento junto a él, junto al faro, y me gusta aprovecharlo. Ginés, como en tantas otras cosas, ha terminado cediendo, plegándose a mis deseos o digamos preferencias. Y ahora, allí estaba ese hombre, posando sus pequeños ojos oscuros sobre mí. A pesar de ir vestida, nunca me sentí más desnuda delante de alguien, más vulnerable. No era este ese miedo atrayente, ese vértigo deseable, era este un miedo completamente contrario, ganas de correr, de esconderme, de huir hacia donde esos ojillos de alimaña no pudieran alcanzarme. Afortunadamente apenas tuve ni que esbozar una primera pregunta, porque la puerta de la casa se abrió y allí estaba Ginés, plantado delante de ella, preguntando ya con la mirada antes que con las palabras. Luego me contaría que lo había visto desde arriba, cuando comenzó a tomar el camino, aún antes de saber quién era, ya sabía que un hombre venía. Después de unos saludos algo cortantes, la visita quedó en un mero momento, en un mero acercamiento para invitarnos el veintinueve de junio a la fiesta de San Pedro, en la Parroquia de Ponte do Porto. Tal vez vayamos, aún no lo hemos decidido, vivir como ermitaños tampoco puede llevarse hasta el máximo extremo, pero es improbable, el Faro nunca puede quedar solo, así que tendríamos que avisar a un sustituto para ese día, y eso no me gusta, y sé que a Ginés tampoco. No sé cuánto tiempo pasaremos en este faro, yo quiero, deseo, que sean muchos años, ojalá fuera para siempre, aunque sé que eso es imposible. No sé cuánto tiempo pasaré al lado de

Ginés, yo quiero, deseo, que sean muchos años, ojalá fuera para siempre, aunque en este caso sé que será posible, que así será hasta que la muerte nos separe. Se me hace difícil imaginarme lejos de aquí. Apenas recuerdo ya la casa donde vivimos de recién casados. Fueron cuatro meses solamente, de ellos, no queda nada más que el breve recuerdo de unos muros blancos que Ginés adornaba cada noche con sus historias de faros, de barcos, de noches de luna llena y de noches cerradas de oscura tormenta, donde el resplandor de los rayos iluminaba su soledad. Él siempre ha sido farero, yo ahora, soy la mujer del farero, la mujer del faro, la mujer de Ginés... Su niña Manuela.

—¿Se encuentra bien?

La voz del extraño me sobresaltó, pero me hizo regresar a la realidad, a aquella sala interior del faro que estaba visitando. Estaban emitiendo en pantalla el recorrido hasta lo alto del mismo. Actualmente está prohibido el paso dentro de él, así que los visitantes tenemos que conformarnos con ir siguiendo las imágenes y así, en plan virtual, hacernos una idea de cómo eran aquellas escaleras interminables de caracol que lograban llevar a uno hasta lo alto de aquella maravillosa construcción. Me sentí turbada y hasta avergonzada, por lo que apenas pude esbozar una excusa acompañada de una sonrisa, por mi aparente estado de enajenación. En aquel pequeño intervalo de tiempo había construido una historia, una vida soñada que me hubiera gustado hacer realidad. Sí, me hubiera gustado vivir allí, vivir enamorada rodeada del mar. Disfrutar de aquella casa, de aquel paisaje. Una de tantas vidas que a veces he soñado, y que nunca he logrado hacer realidad. Miré a mi alrededor, la gente permanecía atenta al vídeo que nos mostraba la pantalla, seguramente fuera yo la única que dejaba volar su imaginación y trataba de imaginarse una vida paralela entre aquellos muros, o quizás no, quizás en aquel mismo momento muchas de las miradas que convergían siguiendo aquellas escaleras que se mostraban en pantalla, estaban pensando algo parecido, similar. ¿Quién sabe? En cualquier caso, yo no dejaba de ser esa señora mayor que aparentemente se había quedado embobada, distraída, seguramente con una expresión absurda en su cara, mientras miraba aquella pantalla.

La visita era maravillosa, la única pena, el hecho de no poder visitar realmente el faro, el tener que conformarse con verlo así, en una pantalla, cuando lo maravilloso habría sido el poder subir de verdad aquellas escaleras, el poder asomarse de verdad a aquella impresionante cúpula acristalada. Aquella vida que apenas hacía un momento me había construido, tampoco hubiera podido ser real nunca, aquel faro era tan inmenso, que siempre trabajaron varias familias en él. No existía un único farero, y sí toda una serie de trabajadores que hacían que este inmenso coloso fuera capaz de emitir su luz cada veinte segundos. Aun así, hubiera sido maravilloso disfrutar de estas estancias, de este paisaje, de esta luz tan especial que se precipita sobre este saliente.

La visita llegaba a su fin, me encaminé hacia la salida, dejando atrás a Ginés, a mí misma siendo prácticamente una niña, llamándome Manuela... Me esperaba mi vida, la vida que quería llevar a partir de ahora, o más bien, la vida que quería descubrir en este momento. Hacía ya muchos años que había estado en aquella zona, siempre había pensado en ella como un posible destino para perderme o mejor sería decir para encontrarme. Estaba cansada de soñar vidas, de desear otros paisajes. Cansada de obligaciones laborales de las que, hasta ahora, nunca había podido permitirme prescindir. Hacía varios meses que me había jubilado, pero no tenía yo precisamente, ni me sentía, con espíritu de dulce abuelita. Tampoco tenía ningún nieto con quien poder sacar adelante ese espíritu. No quería ni buscaba nada determinado, solamente un cambio de paisaje, o tal vez llenar el hueco de la soledad en la que últimamente habitaba.

El tiempo había pasado. Curiosamente uno desea otra vida, uno desea otras cosas, muchas cosas a veces. Uno piensa siempre, haré esto, haré aquello, si tuviera tiempo lo haría... Un día, sin apenas darnos cuenta, ese tiempo se precipita sobre nosotros, y entonces ya no queremos hacer aquello y curiosamente, el tiempo, el mismo que no teníamos y soñábamos con poseer, se nos ha vuelto inmenso, nos envuelve y nos aturde hasta que no encontramos salida para el mismo. Bien es cierto, que en mis planes, al menos en mis planes de no hace tanto tiempo, siempre estuvo él presente. Él... en todo lo pensado, en todo lo soñado él era la parte fundamental, el todo sin el cual nada podría llevarse a

término. Sabía que era difícil llegar a este punto y que él siguiera presente. Lo supe hace mucho años, en el momento de conocernos, y más en el momento en el que me di cuenta de que la palabra él iba ligada a la palabra imprescindible. Él también lo sabía. Siempre fue mucho más inteligente que yo, o quizás no, la constatación de una realidad evidente imposibilitaba que se dejara llevar por los sueños, y menos por aquel sueño que era irrealizable a todas luces. Pero ahora, una vez apartado el dolor, al menos el dolor lacerante, el dolor insoportable que nos golpea en un primer momento. Ahora, con el dolor diluido en mi interior, pienso que tal vez, que seguramente, el sueño siempre fue mío, que yo le incorporé a él al mismo, pero aunque él era una parte, un personaje principal, el sueño seguía estando, podía llevarse a cabo porque era mío, y yo seguía aquí, seguía viviendo y mientras lo siguiera haciendo, él también seguiría viviendo en cierta forma.

Dejé atrás el faro Vilán, dejé atrás el esbozo de una vida imaginaria que nunca había vivido y nunca llegaría a vivir. Arranqué mi coche, me dirigí a un pequeño pueblo cercano del que él me había hablado en alguna que otra ocasión. Siempre que me lo nombraba, yo, tonta de mí, me imaginaba dunas con camellos, seguramente porque su nombre tenía bastante similitud con el nombre de estos animales: Camelle. Solamente una similitud morfológica, porque nada más había en él que pudiera inducirnos a pensar en estos animales. Dejé el sol detrás de mí, y quise recordar otros momentos, otros instantes, días repetidos en los que yo conducía hacia el sol, hacia el amanecer. Siempre me gustaron aquellos momentos, eran muy escasos, se daban unos días determinados del año, convergían la hora, el estado del cielo, el momento exacto en el que el sol empezaba a salir. En esa convergencia, yo conducía hacia el trabajo, me desplazaba hacia un cielo rojizo que me envolvía y me subyugaba, teniendo que sobreponerme a la necesidad imperiosa de seguir conduciendo, de avanzar hasta fundirme con aquel rojizo amanecer. La mente es selectiva, vivimos miles de días, millones de momentos, nos quedamos con aquellos que por algún u otro motivo nos han hecho vibrar, nos han dejado impresa su huella. Así, perseguimos amaneceres, sentimos caricias que ya no existen, el eco de voces que se extinguieron, olores que nos asaltan y que pudieran ser similares o análogos a

aquel que era único y que perdimos, experimentamos el gusto revenido de la felicidad añeja que subsiste en la memoria, pero ese es nuestro final, nuestro presente en ese tiempo final, ser hijos de nuestros recuerdos.

CON PELOS Y SEÑALES

De Javier Fernández Bilbao

“

Hay quienes se dejan dominar por el impulso salvaje de la sangre y no experimentan remordimientos por ello. Y luego están los que se sienten cautivos de su sombra, confusos y perdidos como lo estuve yo misma hasta no hace demasiado tiempo.

Tomar conciencia de lo que nos sucede es un paso absolutamente necesario. Aunque quisiéramos forzar semejanzas, nada tiene que ver con una patología. Todos sabemos su calificativo exacto pero evitamos pronunciarlo siquiera, lo cual tal vez sea mejor. Cuando somos dueños de nuestro cuerpo podemos afrontarlo, luchar contra ello como personas normales. Pero hay otra cosa cierta: no existe cura o remedio, u otra salida excepto la muerte, y aunque sea posible contener sus efectos, es preciso emplearse con todas las fuerzas. Lo sé por experiencia.

Tengo un grave problema.

Por Diana H.

Llevo dos años, cuatro meses y cinco días, sin cometer asesinato. Aún me cuesta trabajo creerlo, pero con fuerza de voluntad, el tratamiento con aconitina, y el inestimable apoyo que me brinda mi grupo, siento que ya estoy mucho más cerca de retomar el control de mi vida.

Tengo cuarenta y dos años. Soy divorciada sin hijos. No hay nadie en mi vida, entre otras cosas, porque no puedo coexistir con potenciales víctimas. Tras el incidente solo podía refugiarme en la soledad, factor que como descubriría más tarde, es común a la mayoría de afectados. Entremedias llegué a cometer actos

espantosos. En suma, amistades y familia no son compatibles con nuestro entorno, hecho que a veces se descubre demasiado tarde.

Hui. Debí hacerlo a menudo. Hasta que advertí que no importaba el lugar o lo lejos que me escondiese. La oscuridad ya formaba parte de mí, y yo no podía hacer otra cosa que someterme a su tiranía. Pero entonces, *ellos* me encontraron y me enseñaron que no estaba sola. Y también que con ayuda se puede vencer. No obstante, como ya fui advertida, está lejos de ser un proceso sencillo. Es lento, largo, y doloroso. Ahora lo puedo decir. Muy doloroso.

Pero como dije, son ochocientos cincuenta y cinco días sin matar. Esa es la realidad. Lo verdaderamente importante.

¿Y quién era yo antes de convertirme en Diana H.?

Me siento orgullosa de lo que fui y así lo expreso: alcancé a ser una fotógrafa de categoría avalada con varios reconocimientos internacionales. Viajé en más de una ocasión por los cinco continentes. Cada cuatro meses inauguraba una exposición en una capital distinta, y a raíz de ello fui entrevistada numerosas veces. Esa era yo antes de tomar un nombre falso y fingir mi desaparición.

Continuaré diciendo que me gané una reputación en base a capturar escenas cotidianas de minorías afianzadas a su entorno. Hice un buen trabajo en Santa Cruz del Islote, como también en la remota granja de Agafia Lykova, en Siberia. Sin embargo, en la búsqueda de lo excepcional a menudo llegué a ir mucho más lejos de lo que marcan unas coordenadas cualquiera. Me refiero en concreto a tribus indígenas y pueblos aborígenes, grupos que a menudo nos contemplaban como lo más asombroso que hubieran visto en sus vidas. Son de mi propiedad las célebres instantáneas robadas al filo de la muerte en la playa de Sentinel del Norte, como también las fotos del último reducto de los Jarawa. Pero no sería justo que pasara por alto el hecho por el cual, de no haberme dejado guiar siempre por antropólogos y ayudantes de excepción, nada hubiese conseguido por mí misma.

Lograr que tolerasen la presencia de nuestro equipo podía llevar varias semanas. Estudiábamos sus reacciones, y en consecuencia se planteaba una estrategia de acercamiento. Ser mujer resulta un verdadero hándicap en todas partes, y para la realización de ciertos reportajes debía prepararme y estar dispuesta a enfrentar situaciones de enorme riesgo. No obstante, la pasión por mi trabajo me daba esa fuerza necesaria para sobreponerme a la idea de que era mi propia vida lo que estaba en juego. Aprendí a adaptarme, a moverme con discreción, a tragar saliva y asumir mi rol. Por desgracia esta confesión funciona como prueba de que no siempre funcionó. Siendo franca, no dejo de pensar que de algún modo me lo busqué yo sola.

Excepto la indiferencia, mis exposiciones causaban toda clase de reacciones. A veces era admiración; en otras, manifiesto rechazo. Algunas personas no estaban listas para contemplar mis fotografías, y a través de ellas, ventanas a un mundo desconocido, oculto para la gran mayoría. A determinado público le resultaba difícil o ya imposible asimilar, que lo plasmado en ellas fuera o hubiese sido real. Es por ello que mi obra fue puesta en cuestión en más de una ocasión. Pero ya me había acostumbrado a las críticas e incluso a los insultos personales, en público o en redes sociales, cansada de explicar que para mí no fue nada fácil mantenerme íntegra mientras retrataba las costumbres homosexuales de los Sambia, en especial para con sus niños; o hacer entender a quienes luego me acosaban a preguntas que tampoco me resultaba nada agradable el pie de foto, allá donde se explicaba que el hábito de hacerlos ingerir esperma tenía como objeto en su cultura, contribuir a su desarrollo y convertirlos en enérgicos guerreros. Otro tanto hubiera podido decir de la tribu de los Kolufo, los cuales y de manera absolutamente excepcional me permitieron ascender a una de sus cabañas arbóreas. Allí fuimos convidados al banquete de un *khakhua* (brujo), asesinado y descuartizado a machetazos seis días antes. Ser mujer me eximió de participar en sus repulsivas jornadas gastronómicas, pero una vez inmortalizado el acto, mi estómago dijo basta de igual forma. Resulta curioso cuanto pueden cambiar las cosas si me detengo a pensar en las crueles barbaridades que llegué a hacer después... Sea como fuere, aquella experiencia contribuyó a que obtuviese la fortaleza necesaria para dedicarme a retratar las costumbres Aghori en su propio

hogar (que no es otro que el inmenso cementerio de Benarés), e incluso observarlos sentados a la mesa (que no es otra que la tumba sobre la tierra) entretanto comían del vientre de un cadáver y bebían de los cráneos.

Era difícil imaginar a dónde me conduciría mi trabajo, convertido ya en una especie de viaje iniciático en que cada nuevo paso me llevaba a asomarte a un abismo distinto, y donde mis valores, los valores de nuestra sociedad, se precipitaban sin remedio.

En Centroeuropa, yendo tras la estela histórica de los Neuri, fui conducida hasta una localidad húngara situada al pie de los montes Mátra, de nombre Gyöngyös. Los curiosos símbolos de su escudo de armas (un lobo negro a la carrera, y sobre él, una luna contornada con rostro humano y una estrella de ocho puntas), parecían confirmar que estábamos tras la buena pista. Al fin, hablando con un aldeano propietario de una granja situada en las afueras —llamaba la atención el celo con que protegía la finca donde pastaban sus vacas (vallas dobles, muy altas)—, conseguimos saber que en el bosque, al pie de la montaña, se abría un sistema de cavernas. Y viviendo en ellas, algo agrupado en torno a una familia que no se atrevió ni a mencionar salvo empleando un eufemismo: «cuando hay algo que se asemeja al diablo y obra como el diablo, pueden estar seguros de que es el diablo».

No conseguimos encontrar a nadie que nos guiara por sus caminos. De modo que decidimos realizar excursiones al bosque por nuestra cuenta y riesgo pese a las insistentes advertencias en contra que recibimos de algunos parroquianos. Me había pateado junglas, desiertos y estepas. Había hecho noche en selvas siniestras. Conocía costumbres y ritos que ponían los pelos de punta. Y un vulgar bosque de hayas no me inspiraba ningún respeto. Por otra parte, con la ayuda de la tecnología no había miedo a perderse. Los mapas militares de la zona fueron de poca ayuda por cuanto no logramos encontrar lo que buscábamos. Acampábamos por la noche y proseguíamos por la mañana. Completamos varios días de intensa caminata sin obtener resultado. Pero yo nunca me había dado por vencida, y esa vez no iba a ser la excepción.

Por desgracia no fuimos nosotros, sino ellos, quienes nos encontraron primero. Llegaron por la noche. Nos cogieron desprevenidos. Nos rodearon. Ocho hermanos, todos aquejados de hipertricosis. Destrozaron el campamento y nos golpearon como bestias que eran, hasta hacernos perder el sentido. Despertamos en el interior de su cueva. Dentro resplandecía un fuego. Entre claroscuros distinguí pieles de animales forrando las paredes, y ristras de huesos y cráneos. El hedor que despedía en el interior provocaba la náusea. A la fuerza nos arrancaron la ropa, que, entre gruñidos, se acabaron disputando. Ataron de pies y manos a mi colaborador. Lo colgaron boca abajo de un prominente en la roca. La matriarca emergió del fondo de la caverna y se acercó caminando a cuatro patas. Llevaba un pañuelo sobre la cabeza que dejaba al aire un rostro tapizado de pelo por completo. Después, se dedicó a olisquear el cuerpo desnudo de mi compañero.

Recuerdo los alaridos de Alan cuando esa maldita bruja le abrió la garganta de un bocado. Nunca olvidaré cuando le hundió en el vientre sus dedos como garras. Y en mi memoria quedará grabada a fuego la imagen de sus ocho bastardos, cuando se tiraron a él, y a mordiscos le sacaron la vida.

Alan acabó convertido en un resto sanguinolento, un hueso por acabar de limpiar. Cerré los ojos bien prietos buscando evadir mi mente mientras era violada sucesivamente, una y otra vez, por aquellos canallas. Y entre nebulosas de dolor, ansiaba la misma suerte de Alan mientras la muerte merodeaba esquivando entre las sombras o reflejada en los ojos de la vieja, que permanecía en cuclillas al pie del fuego atenta a todo, y riéndose entre dientes que parecían colmillos de mis incontrolables gritos.

(La cuestión por la que no me remataron la averigüé mucho después gracias al grupo, pero baste decir que estaba relacionada con el olor de la sangre y mi periodo menstrual.)

Me arrastraron fuera de la cueva y del mismo modo me llevaron a lo profundo del bosque. Hasta que llegaron a un arroyo, y arrojaron a él mi despojo. La corriente de agua me arrastró sobre las gastadas piedras alejándome de ellos, hasta que dos rocas grandes lograron hacer que quedara enganchada cerca de la

orilla. Exhausta, apenas con fuerzas siquiera para seguir respirando, quedé tumbada boca arriba sobre la ciénaga aterida de frío y más muerta que viva.

Antes de desfallecer, de caer derrotada por el dolor, logré entreabrir los ojos un instante para dejar entrar a ellos la última brizna de luz. Así pude contemplar mi piel desgarrada por cortes y arañazos y cubierta de sangre, brillando de manera extraña bajo la resplandeciente luna que asomaba entre las copas de los árboles.

Es lo último que recuerdo antes de despertar del coma que me mantuvo tres meses en la cama de un hospital. Jamás supe quién me encontró, quién me transportó, o quién respondió por mí en el traslado; entre otras cosas porque tampoco hice nunca el esfuerzo de averiguarlo.

Tras una rápida recuperación física que desconcertó a los especialistas, en el hospital se tomaron la libertad de denunciar los hechos por mí. Pero no dije una palabra a la policía. No me salían. Todos los esfuerzos por hacer que venciese el miedo fueron en vano. Ni siquiera por Alan. Pero no me iban a dejar en paz nunca. Hasta que llegó la primera transformación. Y la concepción que tenía del dolor y el sufrimiento acabó hecha trizas. Lo que siguió a continuación... eso, es mejor que no se sepa nunca.

Así fue mi historia. La historia que cambió mi vida, mi ser. Cada licántropo tiene la suya propia, y todas empiezan y acaban de maneras diferentes. Alguien me dijo una vez que solo el demonio ha de saber cuántos y cuán retorcidos son los caminos que conducen al infierno. El mío fue otro más, tal vez diferente al acostumbrado, pero siendo sincera no creo que pueda haberlo peor. Al menos tengo el consuelo de saber que no estoy sola. En la asociación no les importa quién eres, de dónde vienes, cómo eres, o la cantidad de muertes que dejaste por el camino. Se reúnen entorno tuyo para escuchar todo lo que requieras decir hasta poder desahogarte. Luego te dan unas pautas a seguir para cuando estés fuera. Te descubren aspectos que desconocías de tu problema y te ayudan a mantenerlos a raya. Aprendes a usar las tablas y a combinar tu índice de masa corporal con el calendario lunar. Después, puedes calcular sin ayuda la dosis exacta de acónito que precisas para detener la metamorfosis y que los dolores que

ello provoca no lleguen a matarte. Te enseñan a afrontar momentos delicados, y también el período en que se dan las peores recaídas. Si hay supe luna, lo mejor es acudir al centro de Licántropos Anónimos y hacer uso de sus cabinas de transformación. Están aisladas acústicamente, y sus paredes metálicas llevan un forro de caucho para evitar un sufrimiento adicional. Pero en ALC también te enseñan un poquito de mecánica celeste, y aprendes lo que es sicigia de oposición y las ventajas que ofrece a la hora de aprovecharlo, cuando la luna llena ejerce un efecto contrario sobre nosotros de manera análoga al modo en que la radioterapia actúa sobre un enfermo de cáncer.

A menudo pensé en regresar a aquel bosque. Ansiaba dar con aquella cueva más que ninguna cosa, ni más ni menos para terminar de una vez para siempre con los últimos vestigios de los malditos Neuri. Imaginé mil maneras distintas de hacerlo, a cada cual más terrible y satisfactoria. Creía que, aparte de cumplir la tan apetecida venganza, mi problema se iría al diablo junto con ellos. Pero en ALC me lo desaconsejaron. No se tenía la seguridad de que funcionara y además era imposible que lo consiguiese sola. No, no iban a ayudarme a luchar contra toda una manada en su propio territorio. Así que, en definitiva, y por mucho coraje e impotencia que sintiese, ya he podido olvidar la idea.

ALC posee una cabañita en plena naturaleza. Tiene chimenea y una buena pila de leña. Está a falta de muchos arreglos, pero la voy acondicionando poco a poco a mi gusto. No hay cobertura de teléfono. La casa más cercana está a diez millas, y al otro lado de la montaña lo más próximo es la estación de esquí. Entretanto, van a encargarse de tramitar mi nueva identidad a través de documentación falsa. Lo he dejado todo en sus manos. No es sencillo, dicen que llevará tiempo. Pero saben los hilos que hay que mover y están al tanto de cómo componerlo todo para empezar una nueva vida. Mientras tanto, he de permanecer en la cabaña. Esperando. Sola. Me han puesto a prueba, lo sé.

Me compré una cámara con mis últimos ahorros. No es nada del otro mundo, pero para mis actuales propósitos me sirve de sobra. Salgo al bosque a dar largos paseos y tomo fotos al paisaje o a la fauna que encuentro y que no huye

despavorida. Lo hago sin más pretensión que la de evadirme y hallar un entretenimiento.

Estoy tranquila. Me siento bien. Me siento, preparada. Mañana hay luna. Comienza el ciclo. Diana Hunter no debería tener miedo a una recaída. Lo único que logra restarme la paz ahora, son los lobos aullando y rascando tras la puerta cada maldita noche.

AGUA DE ROSAS

De Ana Escudero Canosa

Carmen anheló sostener un cigarrillo rubio entre los dedos índice y corazón para poder lanzar la colilla al suelo con un gesto grave y con un movimiento de tacón apagarlo. Pero no llevaba cigarrillos en el bolso, tan solo un paquete de pañuelos, la tarjeta de identificación, la del seguro médico y la del transporte, sin contar un pequeño monedero con algunas monedas y dos billetes de bajo valor.

En verdad, había dejado de fumar al inicio de su primer embarazo, cincuenta años atrás, y no había sentido la necesidad de recuperar el vicio tras el parto. Siempre que lo pensaba se reía de si misma. Había empezado a fumar cuando no estaba bien visto que las mujeres fumasen, aún recordaba los pitillos fumados a escondidas de su padre y ahora que nadie la señalaría con el dedo, allí estaba, chupando un caramelo de eucalipto.

Respiró hondo para darse ánimos antes de entrar en el edificio. No era fácil dar el paso, malas ideas recorrían su mente, pensamientos negativos. Siempre había pensado que hablarlo antes de tiempo era llamarla.

Saludó al portero con un “buenos días”, quien respondió a su vez mientras seguía rellenando el boleto de una lotería que no esperaba ganar, pero que rellenaba religiosamente todas las semanas. Carmen se encaminó hacia el ascensor, situado cuatro escalones más arriba. Una vez delante del mismo sacó un pañuelo de tela del bolsillo de la falda para pasárselo por la cara, se sentía sofocada; el pegajoso calor de julio tampoco la ayudaba. A su edad no debía caminar tan deprisa, no sin consecuencias. Sabía perfectamente que debía haber salido antes de casa y no demorarse hasta que ya era demasiado tarde para llegar

puntual a la cita. Y es que ya no era la joven que salía a correr todas las mañanas. Esa Carmen ya había dejado de existir. Como tantas otras.

Pulsó el botón de llamada. Llegaría tarde. Ya llegaba tarde.

Un desconocido se colocó detrás de ella. Carmen se apartó levemente hacia su derecha y el hombre aprovechó el espacio para avanzar un paso y colocarse al lado de Carmen. Los dos se miraron de reojo, pero no se saludaron pues era la primera vez que se veían.

El ascensor se detuvo escupiendo a los cinco ocupantes que transportaba casi encajonados. Carmen los miró con un suspiro de alivio. Nunca le había gustado subir en ese ascensor atestado, siempre temiendo que el viejo ascensor no aguantase el exceso de peso. Por suerte, en ese viaje solamente eran dos, el desconocido y ella misma. Entraron, Carmen primera y el señor detrás.

—¿A qué piso se dirige, señora? —preguntó el señor de cabello blanco y zapatos de marca, con la mano levantada a pocos milímetros del panel con los botones que indicaban los pisos en los que paraba el ascensor.

—Al décimo, gracias —contestó ella.

El compañero de viaje pulsó el botón correspondiente, el que estaba situado más arriba.

—¡Qué casualidad! Yo también voy a ese mismo piso —comentó el hombre, esperando una respuesta que no iba a llegar.

Silencio. Carmen no despegó los labios. No tenía ganas de hablar. No pensaba decir nada, bastante nerviosa se encontraba ya. Quince pisos más arriba le esperaba su abogado, el que había sido el abogado de la familia desde... desde siempre, se podía decir. Antes que él su padre había sido el abogado de la familia de su marido. Había llegado la hora de formalizar sus últimas voluntades. No tenía ganas de vivir. Ya no tenía por lo que vivir. Su amado había muerto siete meses atrás y sus dos hijos vivían demasiado lejos. Nadie a quien cuidar. Nadie

que la cuidase. Pocos amigos quedaban ya, la mayoría ya había zarpado definitivamente. Creía con firmeza que pronto ella también embarcaría en un viaje sin retorno y prefería dejarlo todo bien atado, no le fuese a ocurrir como a su amado Carlos, muerto de la noche a la mañana. Una mañana de domingo, justo después de finalizar las fiestas navideñas, Carlos no había despertado a la llamada de su mujer, que lo esperaba en la cocina con el desayuno puesto, dos tostadas con mermelada y un café con leche de avena.

—¿Sabe? Yo voy al matasanos —dijo el hombre interrumpiendo sus pensamientos—. Sé lo que me va a decir, ese sinvergüenza. Dirá que tengo que cuidar de mi corazón, ya lo estoy viendo. ¿Sabe? De joven fui un bala perdida, ¿sabe? Y ahora lo he de pagar. Es lo justo. Todo se paga en este mundo, tarde o temprano.

Carmen no abrió la boca. ¿Por qué iba a hablar con un desconocido en un ascensor? De nada lo conocía, incluso se sentía molesta por el vocabulario del tipo, ¿qué era eso de hablar de un doctor con tan poca educación? ¡A saber los antecedentes de “ese”! Verdaderamente, ella no le había dado confianza para que le dirigiese la palabra como si fuesen viejos amigos. ¿Es que no se daba cuenta de que ella necesitaba paz? Frunció el ceño levemente, acusadora.

—No me siento orgulloso de mi pasado —continuó, aunque sin comentarlo se había dado cuenta de la actitud de ella—. Casi no me arrepiento de nada, solamente de una cosa. Ya se sabe que las cosas del corazón son las que nunca se olvidan. ¿Verdad?

De joven herí a una dama. La abandoné. Salí corriendo como un cobarde cuando ella me dijo que nos teníamos que casar lo antes posible. ¿Casarme? Esa palabra sonó como una sentencia de muerte para mí. Yo deseaba vivir, ser libre y no atarme de por vida. Sesenta años han pasado desde la última vez que la vi. La última vez que la besé. Aún recuerdo su fragancia. Recuerdo ese perfume que yo le regalaba por su cumpleaños. Estaba con hermosa con él. No necesitaba nada más, solamente agua de rosas.

El corazón de Carmen dio un vuelco involuntario. Un suspiro nació en sus labios. ¡Cuántos recuerdos! Jamás olvidaría la última vez que su marido le había regalado un frasco de agua de rosas, en esa última Navidad. Su último regalo.

De pronto el ascensor se detuvo bruscamente entreplantas. Un pensamiento raudo cruzó la mente de Carmen. ¿Iba a cumplirse su miedo justo antes de arreglar los papeles? ¡El destino no podía ser tan malvado!

—Creo que los dos llegaremos tarde a nuestras citas. A mi no me importa, lo que me va a decir ya lo sé, pronto estiraré la pata. Lo sé —dijo el compañero de ascensor golpeándose el pecho— y no tengo prisa por oír al doctor decir que si me porto bien viviré muchos años más. Eso no sería vivir.

—¿Cree que tardará mucho? —preguntó Carmen casi sin voz.

—¿Yo? Lo cierto es que no lo sé con certeza.

—El ascensor, quiero decir —aclaró Carmen con las mejillas ardorosas — ¿Sabe si tardará mucho en ponerse en marcha a otra vez?

—No lo creo, señora. ¿Va usted al médico, también? He de decirle que no parece enferma, aunque la veo algo alterada. Este calor no siente bien a nadie.

—No, no voy al doctor —Carmen no dijo una palabra más, no era necesario. En ese décimo piso únicamente había dos opciones, la ley y la salud.

Cinco minutos después el ascensor volvió a ponerse en marcha. Carmen se volvió a pasar el pañuelo por el rostro para que absorbiese el molesto sudor. El perfume de agua de rosas se deslizó por la limitada estancia. Él aspiró con deleite. Ella volvió a enrojecer a su pesar.

—Yo también lo utilizo, mi marido me regalaba un frasco todas las navidades —dijo ella sin entender porque le daba una explicación.

Él la observó. Todavía era una mujer guapa, de joven debía ser una belleza. Llegaron al décimo piso y el ascensor se detuvo. Se miraron. La puerta se abrió. Los dos salieron al rellano, Carmen debía dirigirse a la derecha y Daniel a la izquierda, pero por unos segundos ninguno se encaminó hacia su meta. Ahora, allí arriba, Carmen deseó ser aquella joven atlética y no una vieja que temía la muerte. Finalmente, Carmen avanzó hacia su vecino de viaje, vio como él volvía a inspirar, como la recorría con los ojos. Y ella se sintió mujer, con un sentimiento olvidado ya, enterrado en años de un matrimonio feliz pero monótono.

—Perdón —pidió Carmen al pasar por su lado.

—Me llamo Daniel —se presentó él cuando ella ya estaba situada a su espalda.

Carmen se giró hacia él.

—Yo me llamo Carmen —dijo ella y siguió caminando hacia su cita.

Daniel hizo lo propio. Al llegar a la puerta de la consulta médica no pudo evitar girarse para ver como ella entraba en el despacho legal. Se prometió salir a tiempo para bajar con ella en el ascensor. No podía perder de nuevo a una mujer que vestía agua de rosas. Ese error no lo podía cometer de nuevo.

Veinte minutos después el doctor le atendía, tras sentarse en la silla Daniel sonrió con picardía para decir:

—Buenos días, doctor. Dígame que debo hacer para vivir cincuenta años más. Le prometo que le obedeceré. Tengo una buena razón para vivir al otro lado del pasillo.

DERRUMBE

De Santiago Repetto

Estimado lector: Sé que esta historia va a causar en usted esa gracia que sólo provoca la vergüenza ajena. No se sienta culpable por ello. Incluso yo, mientras esbozo estas líneas, no puedo reprimir una sonrisa al evocar estos absurdos recuerdos.

En otras épocas hubiera querido llevar este escrito por los carriles del terror, pero ya he prescindido de esa idea.

Además, la sucesión de situaciones incómodas que voy a relatar estaría mejor enmarcada en el drama costumbrista.

Todo comenzó con la primera cena que compartí con mis suegros. Mi novia, Verónica, al igual que las otras chicas con las que había salido, se sentía un poco avergonzada de mi condición de escritor y estaba nerviosa con el tema de esa reunión.

Era comprensible. ¿Cómo decirles a los padres que mi única entrada de dinero eran los \$4000 que recibía por publicar artículos y conseguir publicidad para un fanzine?

A pesar de ese cuadro desesperanzador, cualquiera que me hubiera visto en aquellos tiempos habría presenciado a un ser fatuo, enamorado del sonido de su propia voz. Dos o tres comentarios elogiosos y la inclusión de algunos de mis cuentos en antologías sospechosas me habían hecho creer que era el nuevo rey del terror, la esperanza del género. El baño de humildad que recibí esa noche fue devastador.

Mi suegro, Reinaldo Materazzi, era un Prefecto Mayor retirado. En la guerra de Malvinas había servido como Subprefecto y mi novia me había advertido hasta el hartazgo que no mencionara dicha guerra, salvo que Materazzi hiciera expresa referencia a ella. Su esposa, Valentina, era el estereotipo de la mujer de un militar: sumisa, callada y siempre esperando nerviosa la orden de su marido.

El aplomo que mostré desde el momento en el que llegué a la casa de mis suegros nos dejó satisfechos a todos. El apretón de manos que le di al Prefecto fue firme, pero sin exagerar. La mano de Valentina, en su turno, me dio la impresión de estar reteniendo un pájaro asustado, así que fue un contacto muy fugaz.

Mis ahorros de esa semana se me habían ido en la botella de López tinto cosecha 97 que llevaba bajo mi brazo izquierdo. Fue un detalle que no había comentado con Verónica y no solo fue sinceramente bien recibido por Materazzi, sino que también me sirvió para solucionar el dilema de cómo saludar a mi novia: en vez de un beso que nos habría hecho sentir mal a todos o un apretón de manos totalmente demodé, sólo usé un “buenas noches”, acompañado de una sonrisa, y deposité la botella en sus manos.

Salvado el primer obstáculo, el Mayor me invitó a pasar al living, mientras que las mujeres se dirigieron a la cocina.

Lejos del interrogatorio que imaginé, cuando nos quedamos solos, Materazzi y yo comenzamos una conversación muy animada sobre temas triviales. Sólo tuvimos una mínima desavenencia en nuestros gustos futbolísticos, pero no fue significativa. Es más, cuando llegó el primer plato, el Mayor y yo estábamos muy entretenidos criticando a Bucay, un excelente enemigo en común con muchos flancos débiles que servían para nuestro solaz.

Interrumpimos nuestra charla y nos sentamos a la mesa.

Después de una corta oración del patriarca, empezamos a comer.

Disfruté en silencio del primer plato, una sopa de finas hierbas, y percibí satisfecho como la familia Materazzi se turnaba para observarme con miradas de

aprobación ante mis cuidados modales. Incluso pude disfrutar de una fugaz sonrisa de Verónica, en la que adiviné sus largos, estrechos, blanquísimos dientes.

En el interin en el que mi novia retiraba los platos, Valentina me hizo su primera pregunta en la noche:

- Nos ha contado Verónica que muy pronto saldrá a la venta su primer libro, Santiago. ¿Acerca de qué exactamente escribe usted?

Sin tan siquiera un rictus, dije la respuesta que todos conocían:

- Terror, Señora. Modestamente, se me dan muy bien las historias de miedo.

La confianza que exudaba era increíble. Después de esas palabras, hice una estudiada pausa para explayarme a gusto sobre mis logros en el área, pero Valentina me cortó en seco con una revelación inesperada:

¿Verónica le ha contado que mi marido también escribe historias de terror?

Parpadeé un segundo y con mi discurso desbaratado, dije que no sabía nada acerca de eso y que era una grata sorpresa.

El Mayor Materazzi hizo unos gestos como quitándole importancia a la cosa, pero se notaba que era algo muy relevante para él.

En ese momento llegó Verónica con la fuente del plato principal y, como si todo hubiera estado perfectamente ensayado, se metió en la conversación:

—Tendrías que mostrarle tu cuento a Santiago, Papá. ¿Quieres que suba a buscarlo?

—No. Por favor. ¿Para qué molestar al pobre muchacho con mis tristes esbozos?

Ante tan melodramática actuación, decidí cortar todo en seco con una respuesta acorde al ambiente cursi imperante:

—Discúlpeme, Señor Materazzi, pero si no me muestra ese cuento me sentiré terriblemente ofendido.

El mohín que hizo el viejo militar ante mis palabras fue realmente un show aparte. Con la sonrisa de un colegial, prometió mostrarme su obra apenas termináramos la cena. Agregó que no me garantizaba la calidad de la misma, pero que su extensión era muy exigua.

Comí el plato principal, una jugosa carne al horno con papas chilenas, y el postre, Tiramisú, con la preocupación de cómo sobrellevar este factor inesperado en mi visita. ¿Cuál debería ser mi reacción ante el dichoso cuento? Si era bueno, con un elogio bastaría. Ahora, si como yo esperaba, la obra fuera algo desastroso, tendría que reprimir mi ego crítico. Lo cual era algo muy difícil en esa época de mi vida.

Una vez finalizada la comida, nos dirigimos a la sala de estar. Valentina sirvió café para todos y Verónica subió las escaleras.

La atmósfera parecía la de un juicio y yo no me sentía muy bien en mi rol de fiscal.

Verónica llegó con una carpeta marrón, sin inscripciones y la depositó en mis manos con cuidado.

En el interior encontré 12 hojas A4 escritas con letra Arial 12. El cuento se llamaba “Derrumbe”. No era un título muy prometedor, pero los primeros renglones me dejaron sin aliento: “Durante todo un día de otoño, triste, oscuro, silencioso...”

Me metí en la historia, ajeno a los rostros expectantes que me rodeaban.

Era increíble, mesmérica. Leí las doce hojas de corrido y llegué al final con la terrible seguridad de estar frente al cuento perfecto. Terminé de leer y mi mente empezó a repasar todos los relatos que integraban mi obra: “La llaga”, “Nocturno”, “El juego”, todos eran descubiertos en su naturaleza mediocre y decadente.

—Santiago.

—Santiago.

12 hojas, unas 6000 palabras habían bastado para demostrarme que yo no estaba ni cerca de lograr algo así.

—¡¡Santiago!! ¿Te gustó o no?

Miré a mi novia sorprendido. Me había olvidado por completo de dónde estaba. Busqué con mi apaleada vista a Materazzi y creo que balbuceé algo así como “Señor, esto es sublime”. Cerré la carpeta y se la entregué.

—Bueno, Repetto. —dijo, tomándola— Usted es la primera persona que lee esto. Tanto mi mujer como Verónica siempre me han dicho que este tipo de historias no les gusta.

Ahí comprendí que la aversión de mi novia hacia el horror en todas sus formas era hereditaria.

—La verdad es que si llegaran alguna vez a leer esto no dormirían nunca más. —Agregué y todos sonreímos, aunque debo admitir que mi gesto fue muy forzado.

No mucho después, llegó la hora de la despedida. Los padres de Verónica me saludaron en el hall de entrada, con la aprobación implícita que significaba el hecho de que se me permitiera ser acompañado hasta la calle por mi novia.

Me quedé en la vereda con ella, esperando mi taxi.

—Mi amor, ¿lo pasaste bien? —me preguntó mientras me abrazaba.

—Muy bien, Vero. Tus padres son unas personas buenísimas. Me sentí más que cómodo.

—Gracias. Vos estuviste encantador, como siempre —dijo y me besó—. Pero...

—¿Pero qué? —inquirí.

—Nada, nada. Por un momento me pareció que el cuento de Papá te había puesto mal.

“¿Mal? ¿Por qué? ¿Porque ahora toda mi obra parece un balde de mierda?”

—Para nada, mi amor. Simplemente me sorprendió lo bien que escribe tu papá.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno, entonces me quedo tranquila.

Se sintió un bocinazo a mis espaldas.

—Llegó tu taxi, vida.

Me despedí y subí al vehículo.

Una vez en mi casa, seguí dándole vueltas al asunto. ¿Qué nuevo curso tomaría mi vida después de la terrible revelación de esa noche? Al día siguiente tenía que llevar en un disquete toda mi obra a la editorial, pero ya no le veía sentido.

Ya llevaba unas cuantas horas pensando en eso cuando de pronto sentí que golpeaban mi puerta.

La noche bizarra continuaba.

Por la mirilla pude observar la imagen más inesperada: el Prefecto Mayor Materazzi se tambaleaba, evidentemente borracho, frente a mi domicilio.

Abrí inmediatamente y tras farfullar un “Permiso”, Materazzi ingresó casi cayéndose. Llevaba en sus manos la maldita carpeta marrón.

Tres horas más tarde, yo seguía conmocionado por todo lo que había pasado. Apenas tomó asiento, Materazzi me refirió la verdadera historia de “Derrumbe”

No era suya. El Coronel Wilson, piloto de un helicóptero inglés que aterrizó en Malvinas por un problema mecánico había quedado bajo la custodia de su compañía.

Como Materazzi era el único que hablaba inglés fluidamente, y ya que en todas las guerras los pilotos tienen un trato preferencial, se fue formando una relación digna de dos oficiales instruidos.

En los tiempos libres, Materazzi y William, tal era su nombre de pila, hablaban horas acerca de miles de temas ajenos a la guerra.

Un día antes de la rendición argentina, Materazzi encontró a Wilson escribiendo en su celda improvisada.

Respetuosamente esperó a que terminara, pensando que se trataba de una carta privada, pero se sorprendió cuando el inglés le acercó las hojas y le preguntó que le parecía lo que había escrito.

Entre lágrimas e hipos, Materazzi me confesó que la muerte de Wilson no había tenido nada que ver con la tristeza de la derrota. Todo el odio del mayor, que se plasmó en 8 disparos hacía el inglés, había nacido en la envidia ante la increíble narración.

Se le abrió un sumario administrativo al entonces Subprefecto pero en aquellos tiempos sombríos todo quedó olvidado y no tuvo problemas con los ascensos.

Después de contarme esto, el Mayor se recostó en mi sofá y se quedó completamente dormido.

Sus dedos todavía seguían aferrados a la carpeta.

En ese momento descubrí cómo nacen la mayoría de los crímenes.

Sin pensarlo, pero también sin dudarlo, apoyé un almohadón sobre el rostro de mi suegro.

Me sentí como el filatelista que quemó uno de los dos ejemplares de la estampilla más rara del mundo sólo para ser dueño del único ejemplar.

Las manos del mayor se levantaron un poco, pero enseguida cayeron.

Tomé la carpeta de entre sus dedos y la dejé sobre la mesa.

Pensé enseguida en enterrar a mi suegro en el patio trasero, pero me pareció mejor usar el sótano. Nadie conocía su existencia y la alfombra tapaba la entrada.

Apenas terminé de esconder el cadáver, me aboqué a la tarea de transcribir “Derrumbe” en mi PC y agregarla a los cuentos que en pocas horas entregaría.

Cuando llegué a la editorial, le entregué el disquete a Daniel, el diagramador. Con un guiño, le dije que leyera con atención el último cuento de la serie.

De vuelta en mi casa, levanté los mensajes del contestador automático. Todos eran de Verónica informándome de la desaparición de su padre.

La llamé para calmarla y le dije que en media hora estaría en su casa.

Me estaba vistiendo para salir, cuando sonó el teléfono.

Atendí pensando que era mi novia, pero me sorprendió la voz de Daniel:

—¿Santiago? Daniel de la editorial. Te llamo porque estaba haciendo el diagrama de tu libro y cuando llegué al último cuento “Derrumbe” me di cuenta de una cosa: Mira, si es un chiste, todo bien, pero igual tengo que avisarte que “La caída de la Casa Usher” es un cuento muy famoso de Poe. No puede salir publicado con tu nombre.

El auricular cayó de mis manos. Mi cuerpo empezó a llenarse de un sudor frío.

¿Poe? ¿Había matado a mi suegro por un cuento de Edgar Allan Poe?

En la secundaria había estudiado “El escarabajo de oro”, y ese era mi único acercamiento a él hasta ese día.

Empecé a reírme y a gritar. El demonio de la perversidad me hizo aullar mi crimen hasta que alguien, quizás un vecino, llamó a la policía.

Cuando arribó la ley tuvieron que tirar la puerta abajo porque yo seguía con convulsiones en el piso al momento de su llegada.

Me sentaron a la fuerza en una silla y se quedaron mirándome extrañados. Harto de su cinismo les espeté:

—Basta ya de fingir, malvados! ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí!;

Ahora escribo esto tras los barrotes de mi cárcel...

Es lo primero que me atrevo a escribir en mucho tiempo.

En esta prisión estoy pagando las dos grandes deudas que tengo: por un lado, purgo la condena que me impuso la sociedad por matar a uno de sus integrantes, y por otro lado, utilizo todo mi tiempo libre para leer a Lord Dunsany, Machen, Lovecraft y otros, como forma de enmendar el peor de mis errores: haber creído que se podía transitar la senda del Terror ignorando a los grandes maestros.

“y hubo un largo y tumultuoso clamor como la voz de mil torrentes, y a mis pies el profundo y corrompido estanque se cerró sombrío, silencioso, sobre los restos de la Casa Usher.”

MARTA

De José García López

Marta era delgada, tanto que sus huesos daban la impresión de que iban a romperse de un momento a otro como lo hacen las copas de champán de cristal de Bohemia, es decir, sin que se sepa a ciencia cierta por qué y en el momento más inoportuno.

Cuando la conocí, el mismo día de su boda, ya que su futuro marido, Bernardo, un compañero del colegio, no me la presentó al contratarme para el reportaje fotográfico, me causó la misma impresión que a mi sobrina, que en aquel tiempo era una niña y me acompañaba los sábados en el estudio: era la novia más insoportable que había retratado en los diez años que llevaba en la profesión. Además del intenso y mareante aroma a vainilla y polvo de talco que exhalaba, no paraba de quejarse por el cansancio, de protestar por la forma en que tenía que posar no solo ella sino sus invitados, por los fondos, por las luces, por el maquillaje, porque se hacía tarde para la cena en el restaurante... Lo cierto es que hice lo imposible para disimular mi fastidio forzando en todo momento una sonrisa tan estúpida, que al verme de refilón en el espejo del aseo, sentí vergüenza de mí mismo.

Sin embargo, al despedirme de ella, ya que no me contrataron para fotografiar el banquete ni tampoco para las típicas tomas en el piso concluida la ceremonia, y al darle la mano, sus ojos, grandes y negros, su barbilla prominente y su sonrisa, que apenas podía disimular el aro metálico de un implante dental en su boca pequeña y asimétrica, me provocaron una sensación que no pude llegar a comprender en aquel momento. Miedo, deseo, rechazo o, tal vez, todo al mismo tiempo, el caso es que el recuerdo de aquel instante no dejó de asaltarme en infinidad de veces desde aquel momento.

Un par de semanas más tarde, Bernardo volvió para recoger el álbum de bodas. Al contrario que muchos de mis clientes, ni se mostró quisquilloso con mi trabajo ni tampoco me regateó a la hora de pagar. En todo momento, no dejó de esbozar la misma sonrisa y de mostrarse igual de amable prodigándose en apretones de mano que cuando contrató mis servicios. Sin embargo, cuando le pregunté por Marta, apenas pudo disimular un gesto de incomodidad que se concretó en una repentina prisa por marcharse a no sé qué negocio.

A partir de entonces, el recuerdo de aquella mujer o, más bien, de la inexplicable sensación que despertó en mí desde ese sábado, perdió intensidad con el paso de los días aunque no llegó a desaparecer del todo. Se convirtió en una especie de eco lejano que era compatible con la atracción real y sincera que sentía por otras chicas. Incluso cuando en mis ratos de soledad y de perversión me deleitaba con alguna película porno, Marta seguía estando allí. Sin embargo, no lo hacía como un fetiche erótico, sino como un sentimiento que no podía definir, como algo que me inquietaba sin saber por qué.

Dos meses después, un Lunes Santo, un amigo me sugirió que lo acompañase a ver una procesión de Semana Santa. Desde una de las iglesias más importantes de la ciudad, salían dos pasos, uno de los cuales era una imagen de la Virgen de la Soledad y el otro una representación de un monte Calvario apenas esbozado en cartón piedra y coronado con tres cruces desnudas. Tras salir el primero, cuando dieron las nueve de la noche, se levantó un viento seco de levante que sacudió las túnicas moradas de los penitentes que aguardaban formados junto a la entrada del templo. Nada más abrirse la puerta, y antes de que saliese el cortejo procesional del segundo, se hizo un silencio que solo fue roto por los tambores de la cofradía. Era una marcha en la que a cada dos redobles, las baquetas golpeaban una pequeña tabla que iba prendida al instrumento. Y aquel sonido, seco y monótono del entrechocar de maderas, en combinación con el viento, que iba arreciando a cada momento y arrastrando cuantos papeles y bolsas de plástico encontraba en la calle, me sumió en una ensoñación en la que pude ver un Gólgota solitario y árido donde, a las tres de la tarde, se escuchaban las pisadas

de unos huesos que pertenecían a una figura alta y enjuta cuyos ojos y sonrisa reconocí de inmediato.

A partir de entonces, comprendí cuál había sido la causa de mi fascinación por Marta desde que mi mano sintiera el tacto frío y frágil de la suya. Pero lejos de sentirme aliviado, de poder apartarla de mi pensamiento, mi obstinación por ella se multiplicó de una forma más hiriente, ya que no encontré la manera de volver a verla y de poder hallar respuesta a las miles de preguntas que me generó aquella revelación.

Sin embargo, meses más tarde, justo cuando iba a cerrar el estudio para marcharme de vacaciones de verano, sonó el teléfono. La reconocí de inmediato por la voz, por su timbre infantil y por la dificultad con que, a causa del implante, pronunciaba las ces y las zetas. Me dijo que quería sacar unas copias de unas fotografías, pero que, como el piso se hallaba en las afueras y no disponía de vehículo en ese momento, le era poco menos que imposible desplazarse hasta mi establecimiento.

Tras aceptar el encargo y asegurarle que iría aquella misma tarde a eso de las ocho, caí en la cuenta, tras colgar el teléfono, de que no le había preguntado por Bernardo, por lo que pulsé de inmediato la tecla de rellamada. Pero lejos de disculpar mi olvido o de agradecer mi cortesía, me contestó con un tajante «Luego hablamos, Juan».

Cuando llegué, no me costó nada de trabajo localizar la vivienda gracias a las indicaciones que me había dado por teléfono. Era un edificio de seis plantas cuya fachada, llena de desconchones y de un color entre grisáceo y rosa, revelaba que tendría más de cuarenta años.

Como la mitad de los botones del interfono carecían de rótulo, tuve que calcular de forma precipitada cuál sería el de mis amigos, por lo que me equivoqué un par de veces antes de dar con el de ellos que era el último. Tras un par de timbrazos, la pesada puerta de hierro del postigo se abrió sin que nadie me hubiese preguntado antes quién era.

Unos peldaños antes de llegar arriba, pude oír desde el interior los acordes melancólicos de violín que era el fragmento más popular de *La lista de Schindler*, la película de Spielberg sobre el holocausto judío. Tuve que tocar el timbre de la entrada un par de veces para revelar mi presencia, ya que el volumen de la música era demasiado elevado. Unos instantes después de haberlo bajado, Marta, que iba enfundada en una bata de paño color rosa chicle, la cual acentuaba aún más su delgadez, me recibió con una sonrisa.

De nuevo volví a sentir el frío y frágil tacto de su mano en la mía cuando me la tendió en un tímido saludo.

—¿Qué tal, Juan? Siéntate un momento mientras saco las fotos.

Como el sofá era demasiado bajo y mullido, apenas pude incorporarme para seguirla con la mirada mientras se adentraba en el largo y oscuro pasillo flanqueado por tres puertas a ambos lados.

Cuando entró en la tercera de la izquierda, me dediqué a curiosear en el batiburrillo de figuras y retratos de tamaño diez por quince que había sobre la mesa que presidía el comedor.

De todas aquellas fotografías la que más me llamó la atención fue la de una mujer de unos cincuenta años de rasgos idénticos a los suyos pero dotada de una delgadez aún más extremada que la suya.

—Era muy guapa —dijo Marta sorprendiéndome, ya que no la vi salir de la habitación, al tiempo que cogía con mimo el portafotos y se lo acercaba a los labios.

No contesté. Me limité a asentir con la cabeza y a prescindir de las típicas frases de consuelo que, aunque bien intencionadas, solo servían para demostrar la hipocresía de quien las dice. Así mismo, tampoco quise herirla con preguntas sobre la causa de la muerte de quien, con toda probabilidad, sería su madre, ya que su aspecto desmejorado la evidenciaba de sobra. Una causa que, por desgracia, a la vuelta de no muchos años, también podría ser la de la suya, ya que

de inmediato reconocí en la esbeltez de ambas mujeres uno de los síntomas más característicos de una dolencia hereditaria que casi siempre deriva en complicaciones fatales para la aorta.

Tras unos segundos, en los que los dos guardamos silencio, me limité a preguntarle si se encontraba mejor, más tranquila. Con su sonrisa me lo demostró.

—¿Sabes que soy adivina? —me preguntó con entusiasmo casi infantil rompiendo la tensión del momento anterior mientras sacaba una baraja del Tarot de un cajón que había en un estante frente a la mesa.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamé con fingida admiración para seguirle la chanza.

—Pero lo que adivino no es el futuro, sino el pensamiento —añadió mientras barajaba con dificultad las enormes cartas— ¿Quieres que te lo demuestre?

—Adelante.

—Tú... crees... que yo... soy... ¡la Muerte!—concluyó con una sonrisa siniestra y una mirada penetrante.

Pese a que me quedé paralizado por un escalofrío, la carcajada que profirió y el manotazo cómplice que me dio en el brazo me revelaron que me había gastado una broma. Sin embargo, por la expresión seria de mi rostro, temí confirmarle que su vaticinio no había sido erróneo.

—No te preocupes. —se apresuró a decirme sin apenas poder contener una nueva carcajada— Desde jovencita me acostumbré a que, por mi delgadez, me gastasen bromas comparándome con la Parca, y por eso supuse que tú también habías pensado en ese parecido. Pero eso no me importa. No.—añadió tras un suspiro con un hilo de voz— Lo único que no solo me ha importado sino dolido en esta vida ha sido ser lo que soy: una pobre idiota que llegó a creer que alguien podría quererla por lo que es, y no solamente por su dinero.

No necesité que me aclarase a quien se refería ni tampoco que no me había llamado tan solo para encargarme unas fotografías que, desde luego, no eran las de su boda.

Cuando me marché media hora después, presentí que aquella no sería la última vez que nos íbamos a ver. Pero de lo que estuve absolutamente seguro fue de que cuando me volviese a leer el pensamiento descubriría que ella ya no sería para mí el ángel de pisada ósea que vaga tras el viento entre gólgotas y sepulcros, sino Ezi, la más triste de las diosas.

AL LÍMITE DE LA REALIDAD

De Javier Fernández Bilbao

¿Inmoral, o visionario? Vapuleado por la crítica, las asociaciones de consumidores y los comités de defensa del espectador. Abalado por las cifras de audiencia y ensalzado por sus incondicionales.

Esquivo a las entrevistas y las apariciones públicas, el intrigante realizador de origen europeo era un personaje abonado a la polémica. Por ese motivo, el anuncio hecho por su representante causó sorpresa y no poca expectación. Vasili Strattos iba a comparecer por vez primera ante los medios para hablar en relación al presente y futuro de su controvertido proyecto televisivo. A partir de ese momento, toda una legión de seguidores aguardaría con ansias lo que tuviese que decir, y sobre todo, esperaría agradecer cualquier adelanto de cara a una nueva entrega provista de sus habituales excesos.

Ni unos ni otros se vieron defraudados. La propuesta alcanzó a ser tan provocativa y arriesgada como cabía esperar de su genio. En su cabeza se hallaba retransmitir un exorcismo en directo. A lo largo de la ronda de preguntas, parecía lógico que algún periodista quisiera buscar puntos en común con un ineludible referente cinematográfico: El Exorcista, de William Friedkin.

«Asistí a su reestreno. Sucedió en el año dos mil, recién hube cumplido la mayoría de edad. Ya han pasado cuarenta años, pero recuerdo que la película produjo un efecto contrario al esperado entre el joven público del que yo formaba parte. Nuestra época era distinta, y el grado con que las cosas nos afectaban también era diferente. El horror aún permanece entre esos viejos fotogramas, sin duda, aunque que ya no puede causar el mismo impacto en los espectadores de la sociedad presente. La actualidad del mundo, los sucesos que nos muestran los

periódicos y los informativos todos los días, afectan a nuestro carácter, alteran nuestra sensibilidad, y hacen que la indiferencia actúe como mecanismo de defensa contra el mal ajeno. Sea como fuere, tengo la firme pretensión de cambiar la opinión de toda esa gente que cree que ahí afuera ya no hay nada que consiga inquietarlos, ni nada que logre hacerlos estremecer frente a la pantalla de su televisor. Y retomando el hilo de la cuestión... sí, debo confesar que yo fui uno de aquellos gilipollas que se tomó a cachondeo buena parte de la proyección...»

La cita se convino en la misma cafetería de los estudios.

Ken Fuller, productor ejecutivo de Freeform Media, trataba de favorecer un ambiente distendido e informal. No quería intimidar al joven sacerdote de manera prematura, recibéndolo a las puertas de su despacho con una plétora de abogados y montón de papeles cargados de cláusulas contractuales a la espera de una firma. Cada cosa debería ir a su tiempo. Más difícil sería que ese hombre de Dios se aviniese a las peculiaridades personales y artísticas de su realizador estrella, el señor Vasili Strattos; algo para lo que no todo el mundo estaba preparado, y en cualquier caso, difícil de sobrellevar si no era con la ayuda de ansiolíticos.

Para sacar adelante su proyecto, Strattos precisaba hallar dos elementos fundamentales: un caso de posesión y, naturalmente, un exorcista. Pronto localizaron un caso interesante. Bobby Mandell, un chico de Maryland. Un pastor luterano había intentado exorcizarlo en varias ocasiones, sin éxito. En cierta forma a Strattos le traía sin cuidado que fuera un fraude, demonios, o un grave trastorno mental. Después de todo, nada había imposible para alguien como él, un maestro a la hora de aglutinar realidad y trucos técnicos. Los porcentajes de audiencia lo respaldaban, y la productora le había otorgado suficiente libertad para obrar como le viniese en gana entretanto el dinero prosiguiese fluyendo hacia sus bolsillos.

Strattos tenía claro que no quería un sacerdote anciano, rancio y achacoso. Él buscaba una especie de héroe con alzacuellos, portadas, y clubes de admiradoras que generasen actividad en las redes sociales. Necesitaba un cura capaz, incluso

de suscitar deseos ocultos entre vírgenes y beatas. Alguien joven y atractivo, propenso a convertirse en un icono televisivo. Le importaba un rábano que tuviese mucha o poca experiencia en el asunto. Si su cura no era hábil con el agua bendita, él mismo le enseñaría a tratar con un demonio si lo hubiese, a hostia limpia.

De un variopinto elenco de telepredicadores, Strattos señaló de manera expresa a un tal Samuel O'Mara. Pero el apuesto cura de ascendencia irlandesa resultó que tenía sus principios y se negó a escuchar ninguna oferta. No obstante, cuando Strattos se empeñaba en algo esperaba conseguirlo, aunque hubiera de poner el mundo patas arriba y volver locos a sus productores. «La magnitud de un problema se calcula en proporción al precio de su solución», ese era su lema. De tal manera, Ken Fuller y asesores debieron ponerse en contacto con el obispo diocesano de la arquidiócesis de Baltimore. Por suerte (tras sopesarlo unos instantes frente a un talón con cinco ceros) la autoridad eclesiástica aceptó intermediar en el asunto. Décadas atrás hubiese sido bastante más complicado cerrar un trato de aquella naturaleza, pero la Iglesia católica estaba en medio de un proceso de adaptación a eso que daban en llamar los nuevos tiempos, el cual obligaba a suavizar criterios y revisar posturas con tal de pescar fieles en nuevos caladeros.

Samuel O'Mara ya estaba acostumbrado a las sesiones de maquillaje, los focos, y las cámaras. Pero no había comparación posible entre los modestos recursos que posibilitaban las tertulias religiosas en el pequeño plató de la cadena TBN, y la poderosa maquinaria que animaba un exitoso programa destinado al consumo de millones de telespectadores y exportado a medio mundo: Unreality Show. «Al límite de la realidad». O'Mara recordaba haber visto anunciar el poco original eslogan de la primera temporada. Imposible escapar de su perverso influjo, o aislarse de la nube de opiniones y los encendidos debates que engendraba alrededor. La ceremonia BDSM oficiada en un matadero, el encuentro de satanistas nudistas en Devil's Bay, la *masterclass* de repostería creativa oficiada por Katherine Dey en la morgue de un hospital abandonado, la visita a la granja de cadáveres en el Centro de Antropología Forense de Tennessee, y disparates por

el estilo, eran el tipo de cosas que, al parecer, ahora entretenían a las masas. O'Mara no durmió bien las fechas previas. No podía dejar de pensar en el mal trago que le obligaban a pasar, pero sobre todo, dudaba mucho de estar obrando de manera correcta. Aunque el mismísimo obispo hubiera apelado a un supuesto sacrificio personal que luego reportaría en un gran bien para la comunidad. Pero en ese momento, a punto de conocer a los responsables del programa, el cura no se sentía en paz ni consigo mismo, ni con Dios.

—¿Padre O'Mara? Al fin nos conocemos.

—El tratamiento no es necesario. O'Mara a secas está bien.

El apretón de manos fue breve y frío. En su voluntad solo estaba demostrarles su equívoco y el estar subordinado a la orden de un superior. Pero cuando llegó el turno de estrechar la huesuda mano de Strattos —helada, en cuya fina y pálida piel se marcaban gruesos racimos de venas azules— aquél la mantuvo atrapada unos desapacibles segundos en los que el sacerdote tuvo perturbadora sensación de estar siendo vampirizado por contacto. Antes de soltarlo, los ojos de Strattos, de un azul magnético, inquirieron en los suyos como si tratase de penetrar en su interior.

—Seré franco. No soy la persona que ustedes buscan. Y de ninguna manera me complace lo que hacen. Más aún, prefiero reservarme mi opinión acerca del hecho de que hallen elementos para un espectáculo televisivo en un caso de posesión.

Strattos se apoltronó en el sofá de escay rojo con gesto indiferente, como si le interesase muy poco o nada lo que el cura tuviera que decir. A su lado, Fuller se quedó sin argumentos. Y pensó que debería ser Strattos, el que se rascaba un ojo tras sus enormes gafas de sol con montura dorada, quien deshiciera el incómodo silencio que se produjo alrededor de la mesa.

En efecto, Strattos reaccionó de forma impulsiva, sorprendiendo a ambos al estirar una mano abierta como si con ella fuera a detener el tiempo.

—Yo nunca me equivoco. Y cuando digo nunca, es nunca, padre O'Mara de Annapolis —su mano aterrizó con brusquedad sobre la mesa y la taza de té con leche del sacerdote se tambaleó sobre el platillo con la sacudida—. Me pagan por no equivocarme. De hecho, puede que ni su madre le conozca tan bien como yo.

—Por mi parte esta conversación ha termina...

—¡Ahora no me interrumpa! Escúcheme con atención: hay alguien que usted conoce. Muy bien, de hecho. Y ese alguien está pasando por malos momentos. Yo lo sé. Usted también. Ha protegido a su colega cuanto ha podido, pero eso a veces no basta. No conmigo —el rostro de O'Mara palidecía por momentos—. Pero le aseguro que nunca saldrá de mi boca el nombre de ese joven y atractivo cura amigo suyo infectado de VIH. Y ahora, quiero que concentre toda su energía en este proyecto, en el dinero que le van a pagar, y lo mucho que podrá hacer después por esa persona tan especial. Así que, si le parece, cuando termine de arreglar el contrato con el señor Fuller, organice algo como Dios manda para despedirse, y luego prepare la maleta. Pasado mañana salimos temprano con todo el equipo. Y no olvide ser puntual.

Cottage City. Maryland.

La avenida Eastern permanecería cortada media hora. El tiempo que concedieron las autoridades locales para que el equipo de rodaje obtuviese unos planos exteriores de la casa con comodidad. Detrás del cordón policial se agolpaba multitud de gente. Muchos sacando fotos. La llegada de dos unidades móviles en forma de enormes camiones negros había causado una pequeña conmoción en el pueblo. A esa hora el rumor consiguió extenderse por todas partes, y ya nadie especulaba con los posibles motivos.

—Cálmate, Helen. En unas cuantas horas todo esto habrá pasado. Lo importante es que a partir de mañana ya no tendremos que preocuparnos más por el pago de los médicos... o de la hipoteca.

—No estoy nerviosa por las cámaras, imbécil... Me preocupa nuestro hijo. ¿Acaso te parece poco...?

Los padres de Bobby Mandell parecían dos extraños en su propio hogar. Allí de pie en el salón comedor intentando no estorbar, mientras un enjambre de personas poco a poco transformaba su casa en un estudio de televisión. Poco antes, la asistente de dirección se había reunido con los Mandell para explicarles por enésima vez el plan de rodaje a seguir, dónde y cuándo entrarían para hablar en directo, e incluso lo que tenían que decir. Mientras, Vasili Strattos ejercía de ser omnipotente en el piso de arriba. Tanto el director artístico como el escenógrafo lo iban persiguiendo a fin de anotar al vuelo cada una de sus sugerencias.

—El color de las paredes es vulgar. Alegre. Busquen el papel pintado más espantoso y feo que encuentren, y cubran con él la habitación. Llamen a mi abuela si es preciso, y si aún vive, pregúntenle dónde comprarlo. Esas cortinas ya deberían estar fuera... nada de objetos en la mesita de noche. Y quiero un crucifijo de madera bien grande colgado en la pared, sobre la cama...

La cama vibradora iba a ser la estrella del decorado. Retiraron la existente y subieron una pesada y grande con un cabecero de hierro forjado guarnecido con trozos de gomaespuma. No fue sencillo encontrar un colchón *Magic Fingers* en buen estado, pero el personal de atrezo al fin lo halló olvidado en un almacén de subastas. Difícil calcular cuántas parejas se habrían divertido sobre él, en un motel de carretera...

Bobby debió ser trasladado a otra habitación. Dos enfermeros lo despertaron para acomodarlo en una silla de ruedas. El chico parecía débil, enfermo, con la piel pálida y marcadas ojeras. No hablaba o se quejaba, y tampoco parecía ser consciente del barullo a su alrededor o quién era toda esa gente.

—¿Cómo está?

—Bastante fatigado. Intentaré que nadie le moleste para que pueda descansar un rato —contestó Mónica, la asistente de dirección.

—Pues una hora antes de grabar, Bobby tiene que estar todo menos calmado, ¿entendido? A propósito Mónica —apostilló Strattos—... supongo que conoces en qué radica la tanatoestética.

—Claro...

—Pues quiero que maquillaje haga con el chico exactamente el trabajo contrario. Y que el médico no olvide administrarle un comprimido de Ritalín media hora antes de grabar.

William O'Mara seguía encerrado en su camerino rodante. Ni siquiera tuvo el impulso de conocer a Bobby Mandell o tener una conversación con sus padres. De hecho, había preferido evitar a todo el mundo, en especial a Strattos. Pero el momento se acercaba y los nervios iban acumulándose en el estómago. En principio, todo el guion que él debería seguir estaba en las páginas del Ritual Romano. No obstante, la asistente de dirección le comunicó que determinadas instrucciones le irían llegando a través de un pinganillo. Strattos se iba a convertir en la voz de su conciencia, y eso, si cabía, sonaba aún más aterrador que todo lo demás. Se preguntó qué sucedería si pese a todo se negaba. Pero una inesperada llamada a su teléfono móvil le arrancó un sobresalto, y la idea terminó perdiéndose en su subconsciente. Desde la arquidiócesis querían transmitirle su apoyo y su bendición. Y también comunicarle que seguirían con mucha atención el discurrir del programa. Confiaban en que sería todo un éxito. Eso decían.

—¿Padre? —O'Mara no acertó adivinar si Mónica estuvo llamando a la puerta mucho rato o no antes de atreverse a entrar— Acompáñeme, por favor. Tenemos solo hora y media. Le espera peluquería, maquillaje y atrezo. El resto ya está preparado. Su túnica, el alba y la estola morada ya llegaron del tinte.

Un nutrido grupo de gente se agolpaba contra las vallas con sus teléfonos preparados.

—Está hecho un pincel, padre. Seguro que va a oír más de un piropo de aquí a la casa —O'Mara sintió una mezcla de sorpresa y coraje contra esa mujer y sus astutas tácticas para conducir a un cura nervioso—... Estoy segura que lo hará muy bien. Esta parte es muy sencilla. Primero necesitamos unos buenos planos para intercalar en la cabecera de presentación. Recuerde caminar al frente con serenidad e ignorando la cámara. Una vez se encuentre frente a la puerta haga una breve pausa. Después llame al timbre con naturalidad. Y eso será todo por el momento.

Cuando el cura puso un pie fuera, los flashes comenzaron a destellar. Algunos estiraban su mano entre el personal de seguridad intentando tocarlo, mientras el regidor vitoreaba el nombre de O'Mara para que la gente lo imitase, lo mismo que si estuviesen dirigidos hacia una estrella de cine. O'Mara sintió que aquello era una ridiculez mayor que todo lo demás.

—Cámara fija plano general y ya, comenzamos. Paneo izquierda derecha... Entra grúa, picado sobre Bobby. Cámara fija, plano detalle del rostro de Bobby. Pasamos... lento, ahora. Prevenida Steadicam para primer plano de O'Mara... uno, dos, ya. Grúa baja izquierda de cama y contrapicado. Cámara uno cambia a plano medio de los doctores y... transición afuera cámara cuatro, plano medio corto de los padres. Hablan en cinco, cuatro...

Los Mandell permanecían silenciosos y atentos al monitor. Cuando Strattos lo ordenaba, entraban en escena. Entonces, Mónica, que tenía el don de la ubicuidad, les preguntaba algún detalle sobre la vida de Bobby. El operador de la cámara cuatro se movía libre por el piso de abajo alternado tomas de los Mandell y, por supuesto, del mezclador y el realizador sobre el *videomixer*, tratando de ilustrar ese tono de documental que perseguía Strattos, muy dado a añadir ventanas sobre el directo en las que asomase él mismo coordinándolo todo. En la habitación de arriba todo se desarrollaba con normalidad. Toda la que podría exigirse a un exorcismo. O'Mara oraba sus rezos, salpicaba su agua bendita y arrojaba su sal. Imponía sus estampas y volvía a rezar. Pero Bobby poco más hacía que mostrar su incomodidad meneando la cabeza de un lado a otro, o

retorciendo sus muñecas sobre los nudos de tela que las mantenían inmovilizadas.

Strattos dispuso de veinte segundos. Entraba la publicidad.

—¡Mónica, venga aquí de inmediato!

La ayudante de dirección se acercó para que Strattos le hablara al oído y que los Mandell no lo escucharan. Le conocía tan bien, que ya suponía lo que iba a decirle.

—¿Le administraron el estimulante, o no?

—Qué es lo sucede...

—Pues eso, maldita sea. Ocurre que no pasa nada, joder. Avisa a los padres que estén preparados. Empezamos a meter efectos especiales. Poned el climatizador al máximo. Quiero frío en esa habitación, como para hacer que al cura se le congelen las pelotas.

—Estamos en el aire, en tres, dos, uno...

—Robert, haz que las luces titilen un poco. Y da vibración a la cama. Empieza suave y ve aumentando progresivamente. Coge un primer plano a los médicos. Que se haga evidente el vaho de su respiración. Necesito que esos panolis se muestren sorprendidos y asustados. Y después...

—El crucifijo motorizado, lo sé. ¿Lo rotamos ya?

—*Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino, Tribuite virtutem Deo. Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabólica. Ergo perditionis venenum propinare. Vade, satana, inventor et magister omnis fallaciae, hostis humanae salutis. Humiliare sub potenti manu Dei; contremisce et effuge, invocato a nobis sancto et terribili Nomine Iesu, quem inferi tremunt. Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine...*

«¡O'Mara, déjese de milongas! ¡Quiero más énfasis! ¡Rabia, enfado contra el hijo de Satanás! ¡Gesticule con las manos! ¡Improvisé algo, coño!»

—Pasamos a cámara cuatro.

—Señora Mandell, comprendemos que son momentos muy duros para ustedes, pero debo preguntarles: ¿qué creen que le sucedió a Bobby? ¿Tenían constancia de que hubiese un tablero de *Ouija* guardado en su armario? ¿Se lo compraron ustedes?...

—¿En serio? Es la primera noticia que tenemos de eso. No entiendo de dónde pudo haberlo sacado... Pero no. De todas maneras no creemos que esa sea la causa. Lo cierto es que sospechamos de otro asunto. Comenzamos a notar un comportamiento extraño en él a partir de una noche de sábado, tras que mi marido y yo regresáramos de cenar fuera. Bobby se quedó solo en casa, como otras veces. Lo dejamos jugando en su ordenador. Suponemos que tras marcharnos aprovechó para ver *Unreality Show*...

Mónica se sorprendió. Dicha revelación la había cogido desprevenida. El programa se hallaba restringido a menores mediante la clasificación NC-17.

—Lo encontramos nervioso y asustado. Parecía haberle afectado mucho...

—¿Mónica? ¿Por qué coño no estoy yo enterado de ese detalle, eh?»

—...Le sorprendimos en una ocasión. Su padre se lo prohibió expresamente y amenazó con castigarlo. Pero él encontró la manera de verlos por su ordenador. Sospechamos que lo hacía a nuestras espaldas. Debimos ser más duros con él en ese aspecto, lo sabemos...

«Joder. Estoy rodeado de idiotas... Cuña publicitaria. Ya.»

...Karma EX1. El coche eléctrico que supera todas las expectativas. Descúbralo en su concesionario más cercano... Protect Gambel, patrocina este programa...

Durante esos escasos veinte segundos de anuncios que tuvieron en vilo a varios millones de televidentes, obró una cosa sorprendente: la ventanita inferior de la pantalla se oscureció sin razón aparente. La señal en directo al parecer había fallado. Arriba, los operarios de cámara trataban de encontrar la avería. Entretanto, unas manos invisibles comenzaron a deshacer los nudos sobre las ataduras de Bobby.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Está ocurriendo! ¡Es real! ¡Y se va a perder todo...! ¡Robert, necesito señal, YA! ¡Si perdemos este momento, despido a todo el equipo, joder...! ¿Me has oído? ¡Estáis todos en la puta calle...!

Strattos no pasaba creérselo. Lo que estaba sucediendo en el piso de arriba era oro puro, y las cámaras mientras tanto, negándose a recogerlo...

A continuación, el chico levitó sobre la cama hasta quedar vertical suspendido en el aire. Ante semejante demostración de poder sobrenatural, todos, incluido el cura, quedaron boquiabiertos. A Mónica le entró un ataque de pánico. La señora Mandell se desvaneció. Los médicos no lograron reaccionar como se esperaba de ellos. Permanecieron clavados en el sitio, petrificados de espanto.

El demonio que había tomado a Bobby, al fin se manifestó. Y valiéndose de su títere, hizo extender el brazo, la mano, y enseñar a cámara su dedo corazón levantado, para, a continuación, pronunciarse a través de aquella garganta juvenil con voz áspera y expresión burlona: «¡Jódete, Strattos!».

Strattos cogió su teléfono móvil y salió como un auténtico vendaval maldiciendo a todo el mundo. Llevaba la firme intención de grabarlo él mismo para añadirlo después como fuera. Pero ya era tarde.

Bobby cayó desplomado e inconsciente sobre la cama. Los médicos permanecían en estado de choque. Por el contrario, el cura parecía sumido en una extraña paz, como si experimentase un placer culpable por lo sucedido. Jamás habría creído que un exorcismo oficiado con tan poca fe hubiese obrado ese milagro. Pero no solo se trataba de eso. Más bien era, o eso le parecía, que

Strattos acababa de recibir una lección más que merecida. Un castigo. Su *show* se había ido al traste de la forma más inesperada.

—¡Todo es por su culpa, cura de pacotilla! —Strattos irrumpió en la habitación rojo de ira. El móvil acabó pagando su furia al estamparse contra el suelo.

En ese instante, al verlo ahí plantado como un energúmeno, el cura sintió que hallaba forzado a inclinarse del lado que no debía. Y esperó arrepentirse más tarde, cuanto todo hubiese pasado. Pero en ese preciso momento no le salió del alma hacerlo. Así que, antes de despedirse y perder de vista a ese hombre para siempre, acordándose de las irónicas palabras de su enemigo espiritual, se persignó, y con una sonrisa en el rostro, aseveró: «*Amén*».

LAS COSAS HAN CAMBIADO

De José García López

Los párpados de Cayetano volvieron a caer vencidos por el cansancio. Su cabeza de hombre de campo, curtida por mil vientos, volvió a reclinarse hacia delante. Pero justo entonces, se repitieron los tres golpes contra la puerta de la celda y, a continuación, los ojos de buey del techo volvieron a encenderse.

Cuando la luz volvió a apagarse, el chirrido estridente de la megafonía precedió al mismo mensaje que ya había oído decenas de veces. «¿Por qué?», gritó una voz que no pudo identificar si era femenina o masculina, pero en la que apreció una cierta tendencia al ceceo. «¿Por qué los mataste?», y tras la pregunta, miles de imágenes de liebres despellejadas y ennegrecidas por un avanzado estado de putrefacción se proyectaron de nuevo en las paredes y en el techo al tiempo que giraban a una velocidad vertiginosa como una especie de tiovivo. Cayetano apenas pudo contener un gemido más propio de un niño pequeño que de un hombre de cuarenta años al tiempo que se mordía los puños hasta traspasarse la piel, encallecida por el uso del legón, con los incisivos.

Pese a que no podía calcular con exactitud la frecuencia con que se repetía aquel suplicio, ya que lo primero que hicieron, tras detenerle, fue confiscarle el reloj y la pequeña navaja que llevaba encima, sí que pudo comprobar, al menos, que el espacio de tiempo entre una sesión de preguntas y otra era cada vez mayor. Y, de ese modo, llegó a un extremo en que el daño que le habían infligido se convirtió en agotamiento y éste le indujo a un sueño corto pero intenso.

Fue entonces cuando volvió a revivir todo cuanto le había sucedido hasta ser detenido y confinado a aquella prisión. Las risas, los vinos en la tasca del pueblo, el viaje en el camión de su vecino Evaristo hasta el coto de don Matías, la vuelta a

casa y el aroma a romero del guiso con las piezas cobradas, las conversaciones con su madre en la cocina: todo se representó con tanta fidelidad en su imaginación que incluso esbozó una sonrisa. Pero también, como uno más de aquellos recuerdos, acudió a su mente la advertencia de su vecino, cuyo alcance no llegó a comprender en su día y que ahora, como un escalofrío, se apoderaba de su mente.

— Las cosas van a cambiar, Cayetano — le había advertido Evaristo cabizbajo y con una sonrisa compasiva mientras tomaban café en un bar de carretera de regreso de la última cacería—. Esa gente de la capital, esos jóvenes tan raros, algún día nos van a dar un disgusto.

Se refería a los miembros de Redención Animal, un partido cuyo fin no solo era prohibir el consumo de carne y de pescado cuando alcanzasen el poder, sino castigar todos los atentados que, según ellos, se habían perpetrado contra la fauna: desde las granjas avícolas hasta, cómo no, el pasatiempo favorito de Cayetano: la caza.

Y la premonición se hizo realidad en muy poco tiempo. En apenas año y medio, de las sentadas y las viglias en los arcones de las carreteras contra el sacrificio de aves, reses y corderos en los mataderos, dicho partido pasó a convocar los mítines más concurridos de la campaña electoral, pues los asistentes ya no eran unos pocos excéntricos que se abstenían de consumir cualquier producto que contuviese grasa animal o incluso leche; ahora eran familias enteras las que, como San Pablo en Damasco, creían, por una especie de revelación, haber descubierto que el origen de todas sus enfermedades era una alimentación errónea basada en el sacrificio de seres vivos. Por eso, como si se tratase de un dogma de fe, acataban los preceptos de Redención Animal con inquebrantable lealtad.

Sin embargo, y a pesar de que, sin duda, era ya la fuerza política más importante del país, el único partido que velaba por los animales, como se definía a sí mismo, tuvo que pactar con otras agrupaciones para poder alcanzar el poder tras las elecciones. Una condición que no supuso ningún obstáculo para alcanzar

dicha meta, ya que tanto Redención Animal como sus futuros socios de gobierno aparcaron sus diferencias ideológicas para alcanzar el consenso necesario.

Lo que ocurrió durante los primeros meses de gobierno fue una auténtica pesadilla para hombres como él, labradores e incluso jornaleros, para los que la caza había sido un hábito que les habían inculcado desde la más tierna infancia, ya que fueron detenidos, procesados y encarcelados sin que apenas se les respetase el derecho a una defensa justa.

De nuevo, los tres golpes de rigor en la puerta le sobresaltaron y lo previnieron para el suplicio de las proyecciones y de las preguntas. Pero en vez de eso, la puerta se abrió de par en par e irrumpió a través de ella una guardiana con una bandeja de plástico en la que había un par de trozos de pan y un tazón con un líquido amarillento y tibio.

—¡Venga, tómate esto! —le espetó con antipatía la funcionaria, una mujerona de voz varonil con el cabello cortado a ras de cacerola y unos brazos robustos llenos de tatuajes.

Pese a que el asco y el miedo le impidieron en un principio probar aquella bebida, la mirada inquisitiva de la guardiana y la certeza, tras acercar la nariz al recipiente, de que se trataba de una manzanilla, le obligaron, aun sin ganas, a mordisquear uno de los trozos de pan y a beberse la infusión de un par de tragos.

—Y ahora al patio, a tomar el aire. —le ordenó la funcionaria con una sonrisa maliciosa cuando terminó de beberse la infusión.

Cuando salió, la puerta chirrió tras él hasta cerrarse con un estruendo. Mientras avanzaba por el pasillo, sintió una corriente de aire que, conforme se iba acercando a la salida, se iba imponiendo al denso olor a desagües que pugnaba con la lejía con la que habían fregado el suelo minutos antes.

Ya en el patio, y pese a que ya era casi de noche, la luz diurna le obligó a entornar los ojos. Tras acomodar la mirada a la nueva iluminación, distinguió una

figura vestida con un mono de trabajo de color blanco que se hallaba en el otro extremo.

—¡Eh, tú, mataconejos! —le gritó el individuo del mono, que se afanaba por dar brochazos a la pared.

Cayetano no contestó. Aguardó a que el hombre se acercase para esbozarle una sonrisa.

—¿No me has oído? —le preguntó cuando llegó hasta él al tiempo que entornaba los ojos en una mirada desafiante— ¿Por qué te ríes?

—Me llamo...

—¡Tú te llamas lo que a mí me sale de los cojones! ¿Me has oído, mataconejos? ¡O te pego una ostia que te arranco el cabezón ese de paleta que tienes, gilipollas! —le interrumpió con un alarido al tiempo que le agarraba del cuello con la mano derecha tras arrojar con rabia la brocha.

Cayetano intuyó que se trataría de otro preso que, como él, se hallaba aislado del resto de los internos. Pero los tatuajes carcelarios de sus manos, hechos con bolígrafo y alfiler, y las cicatrices de su rostro, huellas de mil peleas, le revelaron que podría causarle problemas tanto dentro como fuera de la cárcel pese a ser más bajo y menos corpulento que él. Por lo que, tragando saliva y esbozando una sonrisa, bajó la cabeza con sumisión.

—¡Buen chico! —le dijo el interno al tiempo que le propinaba un par de pescozones como si fuese un San Bernardo, tan enorme como manso.— ¿Quieres un cigarro? —preguntó sacando del mono un paquete de tabaco rubio.

Respondió asintiendo con la cabeza al tiempo que se esforzaba en volver a sonreír a pesar de que tenía los ojos bañados en lágrimas.

—¿Sí? —le preguntó con un tono de tristeza burlona— Pues que te compre tabaco tu parienta, como hace la mía, o, mejor, ¡tu puta madre! —añadió

estallando en carcajadas al tiempo que le propinaba un bofetón que le hizo perder el equilibrio.

Cayetano comenzó a gemir como un niño y a morderse los puños hasta hacerlos sangrar.

—¡Venga, hombre! No te pongas así. Si al fin y al cabo los dos estamos aquí por lo mismo. Bueno, casi —dijo con una sonrisa torva—. A ti, según me ha contado un pajarito, te trincaron por matar conejitos; y a mí, en cambio, por mi afición al pescado. Porque a mí el pescadito me gusta mucho, pero mucho, mucho, ¿sabes? Sobre todo las ‘pececitas’ que tienen dieciocho añitos y visten un chándal bien ajustadito, huelen a sudor y corren de noche por lugares solitarios que yo conozco muy bien. Entonces, servidor solo tiene que esperar bien escondido, y cuando menos se lo esperan, acercarse por detrás, sacar la ‘chori’, ponérsela en el cuello así —añadió apoyándole los nudillos en la yugular— y... ¡a cenar! Y cuando he terminado, pues ya sabes: no hay que dejar que luego se vayan de la lengua. Después, pues lo de siempre: a ellas las encuentran en un descampado semanas después, dan conmigo, pido perdón a las familias, juicio, quince años que luego no son ni cinco, bis a bis con la chorba los fines de semana, permisos, que si te enseñan un oficio y cobras unos talegos... ¡Y a casita!, a celebrarlo por todo lo alto con los ‘coleguitas’ y la familia con una buena comida, ¡y que no falte la música y el cachondeo! —concluyó entonando unas coplas y acompañándose de las palmas.

Cayetano tenía la mirada perdida y la boca entreabierta. La entrepierna de su pantalón estaba mojada y un escalofrío acompañado de un temblor recorría su cuerpo de cintura para abajo.

—Pero no te preocupes, mataconejos, que aunque me voy pasado mañana, no tardaré en volver para hacerte compañía, por muy poco tiempo, eso sí. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar cuando vuelva y te cuente mis nuevas aventuras —añadió sonriendo al tiempo que le propinaba un par de bofetadas—. Te vas a morir de impaciencia por volver a verme. Ahora bien, tú, hasta entonces, aquí, como los niños buenos: a chupar trena. Porque tú, querido mataconejos, vas a estar mucho, pero que mucho, mucho tiempo. ¿Y sabes por qué?

Sin variar la mirada, reflejando en el rostro una expresión en la que se conjugaba el terror y la ignorancia, se limitó, por respuesta, a negar con la cabeza.

—¿No?, ¿no lo adivinas? ¡Porque las cosas han cambiado, imbécil!

LA PENA DEL CONDENADO

De Sandra Leal Larrarte

Nadie preguntó nada cuando Enrique Moraña se suicidó. Falleció a los 23 años, en una edad en que la mayoría diría que tiene toda su vida por delante y nadie preguntó nada. Quizás porque todos sabían la razón.

En realidad, la cuestión era muy simple, Enrique tenía una cara demoniaca en su nuca. Ese rostro, a pesar de ser inexpresivo de repente soltaba lágrimas sin ninguna explicación, miraba con dureza a los que se le quedaban viendo y susurraba continuamente palabras de reproche, a Enrique, quien creía que trataba de volverlo loco.

Su gemelo maléfico nunca hizo nada más que estar ahí. Nunca necesito hacer nada más que llevar esa existencia a medias a la que la naturaleza lo había forzado, y quizás nadie quiso preguntarse qué se sentía ser él. El gemelo parásito no tenía voz, y por supuesto, tampoco tenía voto.

Luego de su muerte el pueblo pareció descansar. Algo sí sorprendió a la gente, los eventos posteriores a ese suicidio.

Lo que muy pocos saben es que si Enrique no hubiera tomado esa decisión ya había una conspiración sobre él para acabar con esa abominación que significaba su raro estado. La señora rubia que vivía en la esquina de su casa, todos los días pensaba un nuevo plan para envenenarlo. Averiguó en los libros de primeros auxilios de su esposo el paramédico, que si colocaba cloro en su bebida el “engendro” como ella lo llamaba, vomitaría sangre y sus entrañas se quemarían haciéndolo padecer hasta morir. Pero su regordeta mano se abstuvo de combinar el líquido de limpieza con el jugo de toronja que le ofrecía cuando podaba su prado, tan sólo porque eso no acabaría con ese horrible rostro que emergía como

por entre las sombras del largo pelo de su vecino cuando se agachaba a recoger las yerbas que arrancaba entre el pasto. Ella soñaba con destruirlo, quería ver cómo se deshacía para borrarlo de sus pesadillas.

Al otro lado de la calle no era diferente. Ese rostro maligno vivía muy presente en la imaginación de Edgar, quien tuvo que soportar esa pavorosa visión a la temprana edad de cinco años cuando su vecino de enfrente tuvo la mala idea de salir a jugar sin la capucha que siempre lo acompañaba. Ambos tenían la misma edad, ambos crecieron en el mismo vecindario, pero Edgar lo evitaba con todas sus fuerzas y de todas las formas posibles. La impresión que le causó ver semejante fenómeno lo condujo a crear una extraña fobia a los rostros, por lo tanto nunca miraba a nadie a la cara. No obstante, al crecer se convirtió en pintor y sus obras eran reconocidas porque en cada una de ellas se presentaba la figura de un rostro terrible que parecía acusar a todo el que las veía. Su habilidad con la pintura llegó a conocerse en muchos lugares del mundo y para los amantes de su arte se llegó a convertir en un reto encontrar en qué lugar o cómo aparecía la presencia de ese rostro en cada uno de sus cuadros.

Edgar tomaba píldoras para controlar la ansiedad, pero nada de eso lo salvaba de los sueños delirantes que ese recuerdo le provocaba. Por eso un día pensó en comprar una escopeta e ir a la casa de sus padres, con el fin de esperar a que aquél ser saliera para dispararle directo a la cara, pero no a la que mostraba a todos, sino a la que escondía entre una larga melena que se había dejado crecer o tras una capucha con la que pretendía ocultar su defecto.

Jackson O'connor era un mensajero, odiaba tener que pasar por esa casa. No era que lo trataran mal ni mucho menos, ni siquiera se trataba de que no le dieran buenas propinas. Él sabía, como todos en el pueblo sabían, que ahí vivía un hombre mitad demonio. La hediondez de su presencia se percibía en todas las habitaciones. Lo primero que notó Jackson es que no había un solo espejo, y lo segundo que notó, fue que las luces apenas si daban luz mientras que en los días soleados las ventanas eran cubiertas con gruesas telas que impedía el paso de cualquier partícula de sol. Llevar la leche y los mandados a esa casa era una

especie de temeridad que ningún otro empleado quiso aceptar. Por mucho tiempo se sintió un valiente porque era el único capaz de ir y sentarse a comer las deliciosas galletas que horneaba la señora Moraña, sin que la esencia del demonio lo afectara.

Todo estuvo muy bien hasta que un día de verano llegó en un momento en que la señora había salido y había dejado la puerta abierta para que él pasara a dejar el mandado de ese día. Hubiera estado mejor si no se le hubiera ocurrido asomarse al segundo piso, justo en el momento en que aquél desgraciado se salía del baño dándole la espalda. Nunca supo si esa mitad del demonio lo pudo ver, nadie sabía si ese rostro adicional tenía la capacidad de ver o si esas miradas censuradoras eran sólo un fingimiento. Lo único que reconoció ante todo el que lo quiso escuchar, fue que al sentirse observado se sintió juzgado, además de sentenciado. Desde entonces ya no pudo dormir en paz, nunca más. Cada vez que cerraba los ojos se le aparecía aquella cara de expresión embrutecida que parecía enumerar todos y cada uno de los errores o pequeñas crueldades que había cometido en su vida. Desde entonces sólo repasó aquél momento y se preguntó qué hubiera hecho si hubiera tenido un cuchillo en su mano, o si hubiera tenido una pistola o si hubiera tenido ácido, sopesó miles de posibilidades. Hasta que un día, decidió que debía hacer algo. Quería romper el hechizo que lo tenía casi loco y la única manera era acabando con la mirada del demonio. Compró unas tijeras corta césped con el fin de agujerear esos ojos que causaban tanto caos. Lo único malo era que tenía que acercarse al monstruo para poderlo cegar.

Aunque en el pueblo todos tenían una historia de horror con respecto a aquél desgraciado. Ariane sentía que ella era la que más había resultado dañada con su existencia. Por muchos años ganó todos los concursos de belleza que se realizaban en el lugar, pero eso no bastaba, faltaba algo que la catapultara a la fama para que la viera alguien poderoso y le diera los medios para salir de esa ratonera que era aquel pueblo. Así que se propuso conquistar al fenómeno del pueblo, el hombre de las dos caras. Si veían que alguien como ella tenía las aptitudes para estar con cualquiera sin importarle su condición, notarían de inmediato, que era alguien especial. Recopiló todas las historias que circulaban sobre él para darse

una idea clara de cómo era su apariencia, cuando creyó entender el tipo de aberración que era se preparó mentalmente para enfrentarlo. Muy astutamente se le acercó, era tímido y hablaba sin mirar a la cara; eso le gustó, se convirtió en un reto personal hacer que saliera con ella. Se vieron unas cuantas veces, pero el día que escogió para enfrentarse completamente a la bestia logró convencerlo de que fuera en terreno propio con el fin de sentirse segura para estar con él. Se encontraron en su casa para ver una película y comenzaron a besarse, sólo que cuando pasó los dedos por su cabeza tocó aquella grotesca superficie viviente, y esta, molesta porque un dedo se había posado en su ojo, por primera vez en la historia del pueblo dijo algo. Y lo que dijo fue un insulto que la desmoronó por completo. Tanto, que le provocó náuseas todo aquel día y se vio en la necesidad de echar al extraño ser de su casa y con él se fue su única esperanza de saltar a la fama.

El chico Moraña se sintió tan frustrado que le dijo a todo el mundo que se habían acostado, lo que le costó a ella su reputación. No por el hecho de haber tenido sexo. Había tenido sexo con casi todos los de su escuela. Sino porque después de eso los chicos sintieron asco de alguien que era capaz de dormir con una persona así, y otros la rechazaron por tratar de burlarse de alguien con esa condición, por eso jamás la volvieron a invitar. La convirtieron en un paria. Ni logró fama, ni sostuvo su popularidad, ni tuvo la vida programada que todos los de ese pueblo llevaban. Entonces decidió que debía vengarse. No de aquel que había besado sino de ese otro extraño que la había insultado. Lo único que consiguió fue la pistola de bengalas que tenía su padre guardada de los años en que fue marino, pero esa le serviría para su propósito. Ella, que por mucho tiempo vivió de su apariencia, entendía la enorme importancia que tenía un rostro.

La rubia preparó una jarra de jugo para su vecino; Edgar se apostó en la ventana de su casa apuntando directamente a la ventana donde sabía que el engendro dormía; Jackson se encaminó con seguridad a aquella casa; y Ariane, que era más astuta, timbró en el hogar de su antiguo amigo para invitarlo a beber unas cervezas, segura de que podría decir que él la atacó. Acarició el arma dentro de su bolso. Ya estaban listos a realizar sus respectivos actos de desagravio.

Porque para cada uno, matar a Enrique era una manera de conseguir que se les resarciera del daño real o imaginario que habían recibido. Estaban todos listos. Jackson y Ariane, que habían llegado casi al mismo tiempo, notaron que la puerta estaba abierta. Entraron sigilosamente, mientras la vecina se pegaba a ellos segura de que algo iba mal en su plan. Llegaron a la habitación del muchacho cuando unos pantalones que se agitaban en el aire los asustaron, subieron más la mirada y ahí estaban esos dos rostros dando vueltas sostenidos por el cuello a una cuerda atada a la viga de la habitación.

Dicen las malas lenguas que la rabia fue tanta, que ese mismo día se efectuó un pacto suicida y por eso cada uno, en los días subsiguientes fue cayendo por sus propias manos. Los más cercanos aseguran que murieron víctimas de espantosas pesadillas plagadas de miradas demoniacas. Otros más imaginativos pensaron que decidieron irse al otro mundo sólo para poder ejecutar su fallida venganza.

Según las autoridades lo que más impresionó a los que encontraron el cadáver, fue que ese rostro adicional que tanto miedo provocó durante todos los años que lo conocieron, por primera vez tenía una mirada dulce; parecía estar en paz. Mientras que la faz de Enrique ahora llevaba una mirada diabólica que a todos aterró. Cuentan también que en sus manos tenía agarrado un papel que decía: “él es malo”. Nunca supieron cuál de los dos lo había escrito.